ALBA DEDEU

# La conformista

narrativa sexto piso

# LA CONFORMISTA

**ALBA DEDEU**

TRADUCCIÓN DE LA AUTORA

Todos los derechos reservados.
Ninguna parte de esta publicación puede ser reproducida, transmitida o almacenada de manera alguna sin el permiso previo del editor.

Título original
La *conformista*

Copyright © ALBA DEDEU, 2024
c/o LALTRA EDITORIAL
Primera edición: 2024

Traducción
© ALBA DEDEU

Imagen de portada
© GUIM TIÓ

Copyright © EDITORIAL SEXTO PISO, S. A. DE C. V., 2024
América 109
Parque San Andrés, Coyoacán
04040, Ciudad de México
SEXTO PISO ESPAÑA, S. L.
C/ Los Madrazo, 24, semisótano izquierda
28014, Madrid, España
www.sextopiso.com

Formación
GRAFIME

ISBN: 978-84-19261-92-2

La traducción de esta obra ha dispuesto de una ayuda del Institut Ramon Llull

A Jordi

# I

El olor a pollo se me pegaba a la piel, al pelo y a la ropa, y me parecía que no acababa de quitármelo nunca de encima por más que me lavase, que formaba parte de mí como cualquier vicio de carácter. A él le pasaba lo mismo, desde el pelo y las camisetas de Metallica hasta los calzoncillos y los calcetines. Lo traíamos nosotros a casa y se esparcía por las habitaciones y el comedor, impregnaba las sábanas, las toallas, los zapatos, las cortinas, y solo saliendo al balcón respirábamos aire fresco. No había nada que hacer: teníamos una tienda de pollos al ast y nuestra casa y nosotros olíamos a pollo al ast, de la misma manera que los futbolistas van por el mundo con las piernas torcidas, los paletas llevan las uñas grises de polvo de cemento y los camioneros tienen el brazo izquierdo quemado por el sol. Los primeros meses ventilaba la casa día y noche, incluso en invierno, para intentar deshacerme de ese olor. Me duchaba y me lavaba el pelo por la mañana y por la noche, ponía lavadoras todos los días. Después me relajé un poco, porque no podía hacer otra cosa, pero todavía no quería resignarme. Ni al olor ni a lo demás. Los primeros días, oh sí, los primeros días me maquillaba a conciencia e iba al trabajo con tacones, aunque nada más llegar los cambiase por aquella especie de zuecos de enfermera que eran tan cómodos. Y me perfumaba. Cuando tienes veinte años, «no abandonarse» y estar presentable en todo momento parece crucial, o al menos me lo parecía a mí. Miraba con horror a las mujeres de mediana edad que salían de casa enseñando las pantorrillas con varices, la barbilla llena de pelos y los brazos flácidos y gruesos, y me decía que yo no sería nunca como ellas, pasara lo que pasara, hiciera el trabajo que hiciera, tuviera la edad que tuviera. Tenía que resistirme, pues, a aquel «abandonarse» espantoso. Resistí menos de un año. El primer verano en la tienda, durante la primera semana de calor fuerte, acabé con todo el maquillaje corrido en las cuencas de los ojos. Me miré en el espejo del baño de la trastienda cuando acabamos a las cinco y me dije Pareces un panda. Pero aún no estaba dispuesta a rendirme. El día siguiente era sábado. Lo dejé solo un momento cuando todavía no había empezado el trabajo fuerte y me fui a la perfumería de enfrente. Pedí un lápiz de ojos y una máscara de pestañas resistentes al agua, y no

me importó lo caros que eran. Volví triunfante, me encerré en el pequeño aseo y me pinté los ojos. Él ya había encendido los asadores y había empezado a sudar, y mientras me maquillaba ahí dentro empecé a sudar yo también. Respiraba hondo mientras me daba ánimos. Cuando salí del baño, él me miró con una mueca que quería ser una sonrisa, sudaba a chorros, e iba dando tragos a una botella de agua con un bloque de hielo dentro. Me di cuenta de que estaba de mal humor, se había quemado la muñeca y se apretaba la botella contra la piel en vez de ir al baño a ponerse pomada, pero me abstuve de decirle nada porque habría podido ladrarme ¿Es que no ves que tengo demasiado trabajo? En aquel horno era fácil acabar crispados. Nos quedaban dos semanas para cerrar por vacaciones y no paramos de vender pollos hasta las cuatro de la tarde. Después, ya casi sin aguantarnos de pie, empapados y medio deshidratados, limpiamos y arreglamos la tienda. Cuando llegamos a casa, ya me había olvidado de todo lo que no fuera el sofá, el sofá invitador en el comedor en penumbra, la corriente de aire entre la puerta abierta del balcón con las cortinas ondeando y el patio de luces. Ni siquiera fui consciente de que él se dejaba caer con el mismo abandono en el otro lado del sofá. Me desperté una hora más tarde y, cuando fui al baño, me encontré con el mismo panda que ya había visto el día antes mirándome soñoliento. ¡Qué querías que te dijera, mujer!, exclamó durante la cena cuando le reproché su silencio, ya duchada y con la cara limpia, pero todavía oliendo a pollo y masticando pollo. No hace falta que te pongas todo eso en la cara. Todo eso en la cara, murmuré entre dientes, y habría querido decir más cosas, pero me mordí la lengua de nuevo. Quizá sí, quizá era mejor dejarlo estar, me dije. Y durante dos semanas lo dejé estar. Cuando abrimos de nuevo quince días más tarde, morenos del sol de L'Estartit, estaba más animada y me dije que ya era septiembre y el calor iba a menos, así que volvería a probar aquellos cosméticos caros. Abrimos un domingo. A las dos en punto, en la larga cola de gente que no se acababa nunca, por más deprisa que él sacase los pollos del asador y me los dejara alineados en el mostrador y que yo los desmembrara, los metiera en bolsas y los regase con su jugo, el sudor bajándonos a chorro por las sienes, la espalda y los codos, apareció la viejecita que venía cada domingo a buscar su medio pollo con dos patatas, Pequeñas, niña, que sean pequeñas y con dos cucharadas de jugo. Cuando le di la bolsa, ella me miraba con los ojos entornados y una sonrisa extraña, y al darme el dinero acercó la cara al mostrador y me dijo en voz baja, pero no lo suficientemente baja, Perdona que te lo diga, niña, pero pareces un cristo crucificado. Yo solté una risita incómoda. Balbuceé un gracias y mientras la veía alejarse no pude evitar desear que se le atascase un hueso en la garganta, aunque me acabara de hacer un favor.

Discúlpame un momento, le dije a la chica presumida que tenía delante y que me pareció que se aguantaba la risa, las gafas de sol Ray-Ban como diadema. En el aseo minúsculo me enjaboné la cara con furia pensando en los atardeceres de L'Estartit, la tumbona y el gin-tonic y la brisa fresca en la terraza de la suegra. Me entró jabón en los ojos y me empezaron a escocer un horror. Ahora los tenía limpios, sí, pero rojos como carbones encendidos. Daba igual. Definitivamente tenía que dejarlo estar, todo eso de maquillarme. Era un lujo para las vacaciones. Dos semanas al año. En aquel horno, empapada de sudor, estresada por la cola que no paraba de crecer, miré el reloj y solo eran las dos y cinco. En aquel horno me volvía insistente el recuerdo de las brisas de L'Estartit, remoto como si fuera de juventud, idílico e improbable como la escena de una película. Un segundo y se había acabado, y ahora hasta el año que viene, pensaba, mientras me enjuagaba un par de veces más los ojos. Y también pensaba ¿Entonces es esto?, ¿es esto y nada más, tu vida? Oí la voz de mi marido, Eva, ¿vienes o qué? Me sequé la cara y me fui corriendo al mostrador. La presumida de las Ray-Ban estaba de morros, mi marido también, la cola era kilométrica, rostros y más rostros acalorados, hambrientos e impacientes. Y aquel día, mientras volvíamos a casa por la sombra, arrastrándonos agotados con el pollo de la cena, tiré los potingues caros a una papelera. No me permití pronunciar la palabra «abandonarse» ni siquiera de pensamiento; lo que contaba era que acabábamos otro día sin habernos tirado un pollo a la cabeza, sin haber estrangulado a ningún cliente impertinente, sin haber dicho Hoy sí, hoy es el último día que aguanto esto. Dormimos hora y media en el sofá y, cuando nos despertamos, Tomamos una cervecita, ¿no? La tomamos en el balcón, todavía oliendo fuerte a pollo, aletargados, sin fuerzas para hablar. La rutina era ducharnos y cenar y quedarnos dormidos frente a la tele, y luego a la cama. Y ya está. Pero la vida era así para todo el mundo, ¿no? No lo veía claro, pero los días pasaban. Hasta que, no sé cuánto tiempo después, un domingo igual de abrumador que los otros, entramos en casa por la tarde y, cuando nos repantigamos sudados en el sofá, pensé que algo había cambiado. La frustración se había apagado, igual que mi coquetería de jovencita. Había agotamiento, pero también calma. ¿Se había muerto algo? ¿La fantasía de una vida más glamurosa, más centelleante? Fuera lo que fuera, me permitía tirar adelante, y para retroceder ya era demasiado tarde. Eso mismo me repetí muy seria delante del espejo de casa una noche que para variar fuimos a tomar la cerveza fuera, justo una noche que yo no podía beber alcohol y pedí un refresco. Estaba embarazada de Mariona, me faltaban un par de semanas para dar a luz. A la tienda había dejado de ir a mediados de mayo porque el calor me mareaba, y habíamos cogido a una chica para que nos ayudase

durante las horas y los días de más trabajo. Me había puesto un vestido de mis tiempos de adolescente hippie, suave y holgado como una camisa de dormir. También llevaba la melena suelta y unos pendientes largos que tintineaban cuando movía la cabeza. Él llevaba una camiseta agujereada de AC/DC (era de no sé qué concierto mítico, y ya me había avisado de que ni se me ocurriera tirarla o rasgarla para hacer trapos por más agujeros que tuviera) y el pelo y la barba un poco largos, como cuando tocaba en el grupo. Le acaricié la mejilla sudada, y al acercarme para besarlo me di cuenta de que el pelo todavía le olía a pollo a pesar de haberse duchado. Mi pelo ya no, a veces me lo llevaba a la nariz y aspiraba el aroma floral del champú, incrédula. Pensé que hacía muchos días que no nos besábamos y me supo mal. íbamos muy cansados. Entonces vino el camarero y nos dijo que croquetas de jamón ya no tenían, que solo les quedaban de pollo, y nosotros nos echamos a reír, y él le dijo al chico desconcertado Pues tráenos unas patatas bravas, por favor, y cuando nos quedamos solos me cogió la mano un momento, se la puso sobre la rodilla y me hizo una de esas caricias tímidas suyas. Aquella noche hicimos el amor, también habían pasado bastantes días sin que lo hiciéramos, con los preparativos para la llegada de la niña yo no lo había echado de menos, y en realidad no me sentía nada atractiva con aquella barriga enorme y los brazos gruesos y blandos. Pero si él tampoco lo había echado de menos quizá era preocupante, ¿no? ¿Era porque ya no le gustaba? No me atreví a darme una respuesta, y empecé a agobiarme también con aquella preocupación, que se sumó a las demás. ¿Sabríamos hacerlo, eso de ser padres? ¿Sabría parir yo? Temía ese momento intrigante y doloroso, que no se hizo esperar demasiado, que de pronto había llegado y había pasado. Como por un milagro, aquellas trece horas de sufrimientos y angustias insuperables quedaron borrosas en un rincón de mi cerebro, y la niña estaba allí, viva, húmeda, blanda, cálida contra mi pecho, había llorado fuerte y ahora respiraba, movía las manos y la boca, abrió los ojos, unos ojos oscuros y confiados, y de pronto, frente a esa criaturita perfecta, el mundo entero con sus problemas y sus taras se había vuelto insignificante, y por un momento una alegría inmensa me inundó y lo invadió todo. Era mía, mía, mía, y un poquito de mi marido, sí, pero en el fondo era mía, y ¡qué pánico me provocaba, a ratos, que fuera así! En las semanas siguientes no viví más que por ella. Era un celo extraño, enérgico y con arranques de euforia, pero cada vez más melancólico. Poco a poco lo fui entendiendo: tenía miedo, y me sentía culpable de haber traído al mundo un ser que, ahora lo veía, era tan indefenso y frágil que me estremecía pensarlo, que sufriría, por supuesto que sufriría, sufriría como todos, y tarde o temprano se moriría, como todos. Y yo no quería que sufriese y no quería que se muriese, yo

quería protegerla de todo, ahuyentar todos los peligros, mantenerla entre mis brazos para siempre, segura, dormida e inocente. Me pasaba horas enteras con la niña en el regazo después de darle el pecho, divagando y preocupándome. A veces fantaseaba todo el día, entre las cabezadas de la pequeña y las mías, y a ratos la veía fuerte, radiante, una mujer desenvuelta y segura de sí misma con un hombre fuerte y gentil a su lado; y a ratos no me podía quitar de la cabeza la imagen de una chica delgada y ojerosa, la típica mujercita vulnerable que se convierte en la presa fácil de todo tipo de gentuza, los ojos siempre bajos y la boca contraída, el paso inseguro. Al cabo de unas semanas la inquietud me consumía. Dormía poco, y cuando dormía tenía pesadillas. La niña lo era todo, todo giraba en torno a la niña, yo solo pensaba en la niña. Él también estaba allí, pero yo solo lo veía como de pasada, en una bruma, y ya no era el mismo de antes: ahora era ante todo el padre de mi hija, alguien que se deslomaba por ella y que me ayudaba a protegerla, con aquellas manazas que la cogían con un cuidado extremo, como si la hijita fuera de cristal y se pudiera romper. Cuando él llegaba a media tarde después de cerrar la tienda, le preguntaba cómo había ido, si estaba cansado, las cosas habituales, sí, pero no lo escuchaba en absoluto, en realidad esperaba impaciente a que terminara de hablar para contarle algo nuevo que había hecho la pequeña, o, si era un día malo, para hablarle de los miedos que me habían atormentado a lo largo de las horas, de los males improbables que se describían en las revistas para madres sufridoras. Cuando mis temores tenían algún fundamento, si a la niña le subía la fiebre o estaba demasiado quieta o tosía, yo me paralizaba, y casi hubiera querido posponer la visita al médico de puro pavor —el momento terrible de sentarse ante la bata blanca, de oír que era una meningitis, una neumonía resistente a los antibióticos, uno de esos escalofriantes cánceres infantiles—, me quedaba de piedra mirándola y mirándolo a él, y cuando él decía que la lleváramos al centro de salud o a urgencias se me humedecían los ojos o me daba un ataque de mal humor. Él al principio intentaba bromear, Ya sale el tigre de Bengala, todo el mundo a correr; pero sus intentos de tranquilizarme todavía me sacaban más de quicio. Al final él suspiraba y ya no decía nada más. Es extraño, pero no recuerdo ningún momento concreto con él durante esos meses de pánico. Debía llevar las mismas camisetas rockeras, porque eran las únicas que tenía (también dos camisas, sí, para las bodas), debía oler a pollo como siempre, pero yo no veía ni sentía nada, no me fijaba en nada que no fuera ella. Años más tarde volví a abrir aquel primer álbum familiar y me chocó ver que en algunas fotos él iba sin barba: con mucho esfuerzo me acordé de que en un momento dado se la había afeitado, pero fui del todo incapaz de recordar cuándo, ni por qué, ni si había ido afeitado durante semanas

o meses o días. Continué en ese estado de angustia febril hasta que la pequeña cumplió cinco meses, y entonces, un sábado por la tarde, mi madre vino a verme con unos patucos de ganchillo que había hecho para la niña y nos sentamos a tomar café. Había traído unas galletas danesas y yo empecé a devorarlas una tras otra sin poderme contener. Después de dar muchas vueltas a la taza de café y de morder delicadamente media galleta, mi madre me insinuó con mucho cuidado que a lo mejor estaba demasiado encerrada en casa y demasiado absorbida con la niña, y que eso no podía ser bueno ni para ella ni para mí. Envalentonada por mi silencio, añadió que debería ocuparme un poco más de mi marido, ¿ya me ocupaba un poco de él? También con ella mi primera reacción fue de furia, pero más tarde, cuando la hube invitado a irse con pocas ceremonias, me senté de nuevo para respirar hondo y comer más galletas y me vino esa sensación que conocía tan bien, aquel nudo en el estómago, aquella angustia de la duda y del remordimiento. Sí, era cierto, no me acordaba casi nunca de él. También podía entender, aunque mis emociones me dijeran lo contrario, que esa atención obsesiva podía acabar haciendo daño a mi hija. Me quedé unos minutos más en el sofá y me comí el resto de galletas danesas reflexionando sobre todo eso, y cuando me las hube acabado, sacudí los pequeños moldes de papel sobre la lata y me la vacié en la boca, mastiqué como una autómata los últimos trozos de galleta y los granos de azúcar grueso. Acto seguido me levanté para echar un vistazo a la pequeña, que dormía en la cuna: como siempre que me acercaba a ella mientras dormía, contuve la respiración sin querer por el miedo de encontrármela azul e inerte, víctima de una de esas horripilantes muertes súbitas de las que hablaban las revistas. Me fui al baño, encendí la luz, no me sorprendió encontrar a mi amigo el panda en el espejo: ahora las ojeras oscuras no eran de maquillaje corrido, no, eran el rastro de las noches sin dormir, la angustia, la inactividad y la monotonía. Me dio un poco de lástima esa mujer ojerosa, con el pelo grasiento no porque acabase de pasar seis horas en una tienda de pollos al ast, sino porque hacía una semana que no se lo lavaba, porque le daba absolutamente igual tenerlo limpio o sucio. ¿Qué importancia tenía llevar el pelo limpio o sucio, frente a una niña que me necesitaba a cada instante? Bueno, a lo mejor sí que tenía alguna importancia. Y a lo mejor la niña no me necesitaba a cada instante. Ahora mismo dormía con un sueño tranquilo, las mejillas sonrosadas, la respiración regular, las manitas cerradas a los lados de la cara, las uñas perfectas, bien limadas y limpias. Las mías, en cambio, estaban largas y sucias, una se me había roto días atrás y todavía no me había molestado en limármela, aunque se me quedaba enganchada por todos los sitios y era muy exasperante. ¿Y esa sudadera que llevaba, de color

naranja descolorido, manchada de buches de leche y babas y salpicaduras de aceite? Sí, daba un poco de lástima. Llamé a mi madre, le pedí disculpas por el ataque de mal humor y le dije, con el orgullo estrechándome la garganta, que quizá tenía razón. Cuando ella quiso remachar el clavo, me dieron ganas de gritarle de nuevo, pero me contuve, Sí, ya te he dicho que quizá tienes razón, pero no insistas, ¿eh? Volví con la niña, miré qué hora era, decidí que tenía tiempo de ducharme. Era la primera vez que me atrevía a ir a la ducha sin que él la vigilara. Incluso cuando él estaba, lo hacía siempre a toda prisa, enjabonándome de cualquier manera la cabeza y el cuerpo mientras corría el agua y el jabón me entraba en los ojos. Esa vez dejé la puerta abierta, intenté desvestirme poco a poco y me concentré en el chorro de agua que me calentaba la piel y me aflojaba los músculos. Cogí el champú nuevo, el que olía a miel, y me di un buen masaje en la cabeza. El piso estaba en silenció, la luz de media tarde se filtraba por el cristal esmerilado y encendía las baldosas amarillas, bajo el agua caliente se estaba bien. Me peiné y dediqué tres o cuatro minutos a darme crema hidratante. Me puse unos téjanos limpios y un jersey azul marino que me había regalado él por Navidad. Mientras esperaba a que se despertase la niña y que él llegase, me senté en el sofá a limarme las uñas. Cuando llegó, le estaba dando el pecho. Oí que dejaba las llaves en el cuenco intentando no hacer ruido, que avanzaba arrastrando un poco los pies, se asomó al comedor, topó con mis ojos y dio un respingo. Enseguida le apareció una sonrisa medio amedrentada en la cara. Me pidió disculpas por llegar un poco tarde, hoy había tenido muchísimo trabajo y además -levantó un par de bolsas de plástico- en el súper había cola. Se escabulló hacia la cocina para dejar las cosas y cuando volvió al comedor me pareció que caminaba encogido. Voy a ducharme, me dijo sin dejar de andar, pero yo lo detuve. Ven aquí, anda, ven un momento. Se quedó quieto, me miró con suspicacia, ¿estaba de buen humor el tigre, o lo devoraría? Se sentó a mi lado y le acarició la coronilla a la pequeña. ¿Cómo estáis?, me preguntó, y le dije que bien, pero que había estado pensando y me había dado cuenta de que hacía semanas, no, meses, que estaba muy arisca con él, y me sabía mal y era algo que cambiaría. Lo dije de un tirón, sin respirar, y me quedé esperando su respuesta con un ansia creciente. Él esbozó una sonrisa cansada, empezó el gesto de encogerse de hombros y lo dejó a medias, Tranquila, que ya lo entiendo. Jugueteaba con el mando de la tele, pero no la encendió. El olor a pollo lo envolvía de la cabeza a los pies, tenía la frente brillante y las mejillas rojas. Alargué una mano y le acaricié un brazo, también lo tenía caliente y pegajoso, fui subiendo con los dedos y le toqué las dos cicatrices de quemaduras casi paralelas, metí el dedo índice en un agujero de la manga: él extendió

el cuello para verlo, me miró esperando una crítica, yo sonreí un poco, dudosa, últimamente no le sonreía demasiado, ¿También es de un concierto mítico? Es de mi hermano, pero seguro que ya no se acuerda, me la llevé sin querer durante la primera mudanza. Sin querer, ¿eh? Él sonrió un momento y se levantó poco a poco, dejó caer el mando en el sofá, dijo Si no voy a ducharme ahora, me quedaré frito aquí y ya no me ducharé. Y desapareció arrastrando los pies. Yo dejé a la niña en el parque infantil y se echó a llorar enseguida; entonces corrí hacia el recibidor, cogí el arnés de salir a pasear, me lo até y la puse dentro. Dejó de llorar. Me la llevé a la cocina y saqué la lechuga y los tomates y las olivas de una de las bolsas del súper, empecé a preparar la ensalada casi sin verla, con la barbilla sobre el pelo finísimo de la pequeña. Todos los días, desde que la niña había nacido, él había preparado la cena mientras yo la bañaba. Al mediodía se limitaba a comer un bocadillo que le había preparado yo el día antes. Hoy no haría falta que hiciera nada. Limpié y corté las verduras, intentando colocarlas en el plato de las cenefas de una forma armoniosa, puse la mesa y dejé en ella la ensalada, una cerveza para él, un vaso de agua para mí. Saqué un táper con un par de trozos de pollo y unas salchichas, lo dejé en el microondas sin encenderlo. Cuando él vino del baño con el chándal de estar por casa y el pelo mojado, se extrañó de ver la mesa puesta y la ensalada preparada, murmuró un gracias, yo me acerqué a él y vencí el titubeo de besarlo, los labios también los tenía húmedos, olía al mismo champú de miel que había usado yo, y me hizo gracia que aquel hombre corpulento y con la barba demasiado larga oliera a miel, él se había dejado besar, pero continuaba mirándome con esos ojos un poco recelosos, me pregunté si realmente los había cerrado durante el beso. Aún me miraba así cuando me dijo ¿Quieres que bañe yo a la niña hoy? Y yo, intentando mirarlo con la dulzura que sabía que tenía dentro, por algún sitio, como cuando todo era más sencillo, No no, siéntate y empieza a comer, si quieres, la bañaré yo en un momento. La bañé en unos cuantos momentos, porque me gustaba mucho contemplarla y enjabonarle las manitas y el pelo y ver la cara de satisfacción que ponía cuando le pasaba la esponja por la espalda, porque debía secarla bien y después darle crema antes de ponerle el pañal; tenía la piel muy delicada. Mientras acababa de vestirla con el pijama se le cerraban los ojos; la dejé en la cuna ya medio dormida, las manos arriba, los puños medio cerrados, moviendo ligeramente los dedos. Salí de puntillas de la habitación y oí que la tele estaba bajita y que él roncaba. Lo vi sentado en el sofá con la cabeza abandonada sobre el respaldo, la boca abierta, la lata de cerveza que ya debía de estar vacía en una mano, las piernas abiertas, los pies con las chancletas a medio quitar bajo la mesita. Me acerqué sin hacer ruido e intenté

cogerle la lata sin que se despertara, apenas se había bebido la mitad. Se despertó con un sobresalto. Perdona, no quería que se derramara, le dije, y esta vez no me atreví a hacerle la caricia que podría haberle hecho. ¿Quieres que cenemos? Lo siento, porque has preparado la ensalada y todo eso, pero hoy estoy hecho polvo. Dijo que quería irse a la cama ya mismo. Apagó la tele, se levantó con un gruñido y antes de alejarse por el pasillo me dio las buenas noches y me besó en la mejilla, un beso cansado, tímido, inseguro, pero al fin y al cabo era un beso, y para mí aquel beso fue suficiente para sentarme sola a la mesa un poco más animada. Le demostraré que puedo volver a ser como antes, que estas angustias se han terminado, lo haré por él y por la niña y por mí. Me comí toda la ensalada, guardé el táper de carne en la nevera y me bebí la cerveza todavía fría que había empezado él, porque un día es un día. Tenía ganas de echarme a su lado y abrazarlo, en realidad tenía unas ganas irresistibles de hacerlo, había masticado la lechuga y los tomates a toda prisa para irme con él cuanto antes. Pero entonces me inquieté de nuevo pensando en todas esas noches que habíamos estado viendo la tele sin hablar, nos habíamos ido a la cama con un buenas noches de rigor y cada uno se había acostado en su lado. A veces un beso de rigor había acompañado el buenas noches de rigor, cuando la cría no lloraba; pero lloraba a menudo, porque en general le costaba conciliar el sueño, y entonces ya no había beso ni nada, solo turnos meciéndola o paseándola por el piso, cantándole. Cuando le tocaba a él, era *Stairway to Heaven* y cosas así; yo le cantaba las que me sabía de memoria de Madonna, *La Isla Bonita, Like a Prayer, Material Girl*. Pero ahora pensaba en las noches que no había dedicado ni un segundo a hacerle una caricia a él antes de quedarme dormida como un leño, o antes de sentir cómo empezaba a roncar fuerte mientras yo seguía sacudiendo la cuna, me preguntaba cómo era posible que no me hubiese parecido raro y peligroso ese distanciamiento. Tenía excusas, ¿no? La niña tan pequeña, nosotros que dormíamos tan poco, debía de ser normal y lo era, ¿no? Tal vez no. ¿Y la última vez que habíamos hecho el amor? No había ido muy bien y ya hacía casi un mes: yo estaba cohibida, pensaba en esa barriga aún flácida y fea, los pezones me dolían, me veía moviéndome gruesa y torpe y dejaba de moverme, entonces él también se cohibía y dejaba de moverse. Al final lo dejamos estar, nos quedamos abrazados en la penumbra, cada uno con un zumbido de frustraciones secretas en la cabeza que quizá se parecían mucho, y después de eso, nada; habían pasado semanas que casi no nos habíamos tocado si no era por accidente, hasta que ahora de repente me moría de ganas de abrazarlo y aspirar su olor, el olor de su cuerpo mezclado con el del pollo y el del champú de miel. Quería un beso apasionado, tal vez hacer el amor, pero eso hoy no, que él estaba

agotado, eso tal vez mañana… Lavé los platos imaginándome cómo iría todo al día siguiente y diciéndome que pensar en mis carnes flácidas en vez de centrarme en buscar la boca del otro y la piel del otro y el placer de los dos era idiota. Cuando fui a acostarme, él roncaba de nuevo. Me eché a su lado con sigilo. Se movió un poco, murmuró algo, lo abracé y él tardó unos instantes en pasarme el brazo por debajo de los hombros, estaba como aturdido, Durmamos un poco, dijo con voz ronca. Sí, durmamos un poco. Pero yo no podía dormir. En realidad, estaba más despierta que nunca, agitada y contenta a pesar de la incertidumbre. Lo arreglaríamos. Solo teníamos que ponerle voluntad. Él estaba dolido por la manera en que lo había tenido abandonado, sin duda, pero ya no volvería a pasar. Y, tendida en la habitación oscura, mientras la niña dormía y él roncaba y una moto aceleraba en el semáforo y un autobús nocturno frenaba en la parada, empecé a hacer mil proyectos sobre la vida que tendríamos, los paseos, las excursiones, por fin la excusa perfecta para comprar un montón de cuentos ilustrados por Sant Jordi, los días en L'Estartit con los cubos para hacer castillos de arena y la sombrilla roja. Pasó una hora y yo continuaba con ese murmullo en el cerebro. Me había acalorado y me había apartado de él, me revolvía. En un momento dado él dejó de roncar y noté que estaba quieto de una forma menos abandonada. La silueta corpulenta envuelta en el edredón parecía extrañamente expuesta y encogida, como acurrucada de frío. Lo abracé por la espalda, oí que suspiraba. Parecía un suspiro de honda tristeza. Lo abracé más fuerte. Yo te quiero, ¿me oyes? También hacía mucho tiempo que no se lo decía. Él al principio no respondió, me buscó la mano. Gracias por decírmelo, susurró al final. Nos quedamos unos minutos así, y ya pensaba que no diríamos nada más y que a lo mejor nos dormiríamos tal y como estábamos, porque ahora yo también empezaba a tener sueño, pero de pronto habló de nuevo. Yo también te quiero, ¿sabes?…, pero últimamente… Suspiró otra vez, o quizá era un bostezo, y ya no continuó. ¿Qué pasaba? Me puse a cavilar, y de repente me vino la idea y fue como una puñalada. Se había liado con otra, pero no se atrevía a decírmelo. Pero ¿con quién? Y enseguida se me presentó la única posibilidad factible: la chica que habíamos contratado para que me sustituyera en la tienda. Pasaban muchas horas juntos. La recordaba perfectamente como una jovencita atractiva y esbelta, un recuerdo que era como hurgar en la herida. Y los celos empezaron a manar y me enturbiaron los pensamientos, me puse a temblar de la cabeza a los pies y solté su mano. Él se volvió hacia mí y parecía mirarme en la oscuridad, a lo mejor quería hablar de nuevo. Eva, mujer…, empezó. Cállate, le dije con una voz curiosamente tranquila, no digas nada más. No le veía bien la cara. Me tumbé hacia el otro lado, mordiéndome los labios. No grites, no

digas nada. Y sobre todo que él no diga nada más. Él intuyó que debía callar, no fuera que el tigre de Bengala lo descuartizara, y también se tumbó hacia su lado. Y al cabo de un rato mi respiración agitada se fundió con sus ronquidos, primero suaves, después graves y fuertes, después suaves de nuevo, y así durante horas. A las seis y algo vi la primera luz por las rendijas de la persiana, y poco después la niña empezó a gimotear. Yo no había pegado ojo y me sentía como si me hubieran dado una paliza, pero ella había dormido toda la noche de un tirón por primera vez.

# II

Olía de nuevo a pollo de pies a cabeza, pero ya no me disgustaba. Le había dicho que quería volver a trabajar, de momento solo durante los picos de trabajo del mediodía y los fines de semana, que mi madre se ocuparía de la niña durante esas horas y que ya no necesitábamos la ayuda de nadie. «La ayuda de nadie»: era la única fórmula que había encontrado para referirme a esa historia insoportable. A la persona implícita en ese «nadie» no volvimos a mencionarla nunca más por su nombre, ni en casa ni en ningún otro lugar. Recordaba la entrevista de tantos meses atrás, recordaba con la sangre hirviendo que yo había dicho Parece despierta, me gusta, y recordaba todavía más revuelta que él había dicho Sí, a mí también. Durante casi un año habían pasado seis horas juntos en la tienda todos los sábados y los domingos, tres horas de martes a viernes. Habían sudado allí dentro, se habían rozado accidentalmente al ir de aquí para allá. Quizá hasta habían fumado juntos apoyados contra las baldosas pegajosas mientras los asadores se enfriaban, en un momento de descanso compartido, con la persiana medio bajada, la puerta abierta. En mis fantasías ella llevaba tacones y las uñas esmaltadas en rojo sangre, y había encontrado algún maquillaje milagroso que se mantenía en su sitio durante todas esas horas de calor extremo. Me la imaginaba una seductora consumada en todos los aspectos, una de esas tigresas que si atacan es para clavar las uñas en la espalda del macho, no para reñirlo o sermonearlo cuando vuelve a casa agotado. Me imaginaba el contacto del brazo sudado de él con el brazo sudado de ella, los perdona y los no pasa nada, las miradas bajas, la turbación explicitada de mil formas sutiles por esa bruja meliflua, las caras encendidas por un calor infernal que quizá les recordaba otros ardores, al final él tal vez le preguntaba si quería un refresco, se miraban, le daba una cerveza y él echaba un trago largo de la suya, cuando se ha sudado mucho el alcohol sube enseguida a la cabeza, se miraban de nuevo, una mirada turbia, y entonces sí, entonces ya venían los abrazos apasionados, las lenguas que juegan, las manos que palpan, lo palpan todo. Y pasaba allí mismo, sudados, enrojecidos, pasaba justo allí, en nuestra trastienda: la cofia por el suelo, las manos morenas que tocaban la barriga y el pecho de él por debajo de la camiseta rockera, esa barriga

y ese pecho que habían sido solo míos, pegajoso él y pegajosa ella, ahora las manos morenas con las uñas color sangre se aferraban a la nevera, se había dado la vuelta y lo tenía detrás, él ni siquiera se había bajado los pantalones, de repente quizá recordaba que no habían cerrado la puerta y que todo el dinero de ese día aún estaba en la caja registradora, pero le daba igual, ya embestía a esa nadie y la nadie gemía, pero no era «nadie», era la mujer que había seducido a mi marido, al padre de mi hija, y ahora yo le daba el pecho a la niña con esas visiones clavadas en el cerebro y me venían los temblores. Cuando ella se separaba del pezón y se me quedaba mirando medio dormida tenía la sensación de que me hacía un reproche, Esta leche se ha vuelto agria, ¿por qué me quieres envenenar? No, no la quería envenenar, continuaba siendo mi ser más adorado, el centro de mi vida, pero ahora veía que mi vida no se limitaba a ese amor supremo, que un amor igual de posesivo persistía en mí por él, no tan solo como padre sino también como hombre, y que no podía prescindir de ese amor. A menudo abría los ojos cuando todavía era noche cerrada. ¿Es demasiado tarde?, me preguntaba con el corazón en un puño, escuchando cómo él respiraba o roncaba o se daba la vuelta. Pasaban dos horas, tres; antes de las siete la niña se despertaba y le daba el pecho, la paseaba por el piso; a las siete en punto sonaba el despertador de él. Se levantaba y me daba los buenos días en voz baja, se vestía rápido y salía antes de las siete y media, decía que ya desayunaría en el bar del mercado y se largaba, como si notara las turbulencias que yo tenía dentro. Yo me metía de nuevo en la cama con la niña y me levantaba una hora más tarde, me ponía el batín y tomaba un vaso de leche, pero no me atrevía a añadirle café: ya temblaba demasiado. Mientras hacía cosas por casa, me venían en flashes esas imágenes y notaba que me crispaba y que todo el cuerpo se me ponía rígido. Después sacaba a la niña a pasear, y a veces, de vuelta, ella se quedaba dormida en el cochecito. Entonces yo la dejaba allí a mi lado y me echaba en la cama de matrimonio y me abandonaba sin reservas a las imágenes. Las espoleaba. Veía sobre todo las uñas color sangre aferradas a la nevera de la trastienda y unas gotas de sudor que caían entre esas uñas, las cicatrices del brazo de él, los músculos contraídos, la camiseta agujereada que yo había lavado sin preguntarme si olía a otra mujer, sin pensar que la habían tocado otras manos. A las once y media, sin embargo, sonaba la alarma que me había puesto, e hiciera lo que hiciera, estuviera como estuviera, petrificada o anegada en llanto, me iba al baño, me lavaba la cara, me ponía crema hidratante. Veía al panda allí delante con los ojos hinchados, pero no me permitía compadecerme de él. Me vestía. Vestía a la niña. Preparaba un bocadillo para mi marido, otro para mí. Me iba con Mariona en el cochecito a casa de mi madre, hablaba un

poco con ella, fingía que estaba contenta. Sabía que ella sabía que pasaba algo, pero durante un par de semanas respetó mi silencio; cuando al final me sondeó, le dije Hemos pasado una crisis, pero no debes preocuparte. Entonces dejaba a la cría allí y me iba a la tienda, que a esa hora ya era un horno, él hacía girar los pollos o despachaba a alguien, nos decíamos hola, le daba el bocadillo, me iba al baño y me ponía la cofia ante el espejo, me quitaba la blusa y me ponía la bata blanca. Y sudábamos juntos como antes, quedábamos pegajosos y con olor a pollo como antes, a menudo nos rozábamos accidentalmente y a veces él decía Perdona; yo no conseguía decir nada. A las tres yo salía para ir a buscar a la niña, él se quedaba y cerraba solo. En el baño me había lavado la cara y me había pintado los labios rojos, entre el rojo de los labios y el de las mejillas parecía una furcia. Después de pintarme me observaba en el espejo, me lo decía en voz baja, Tienes una pinta de furcia que parece mentira, y me daban ganas de reír. Entonces me quitaba la cofia y la bata, las colgaba en la puerta o me las llevaba para lavarlas, me ponía la blusa, últimamente eran escotadas y ligeras porque empezaba la primavera, me echaba un poco del perfume que guardaba en el pequeño armario, junto al pintalabios. También me hacía gracia la idea de que al pasar por mi lado la gente quedase aturdida por el fuerte olor a pollo mezclado con el de Chanel n.° 5, y me era absolutamente indiferente que arrugaran la nariz: yo lo que quería era que lo oliera mi marido, que me viera salir con la cara roja y la boca roja, la blusa escotada, que tuviera un atisbo de duda, que se preguntara si me iba a casa de mi madre o a otro sitio, si ese perfume lo olería otra persona, si me besarían los labios pintados, me iba diciéndole adiós en un tono neutro; él respondía con un adiós o un hasta luego y me miraba con melancolía, alguna vez con la boca torcida y cierta frialdad, estaba rojo, sudado y cansado como si saliera de un burdel. Luego, en la calle, sonreía y caminaba deprisa hasta casa de mi madre, porque evidentemente no iba a ningún otro lugar. Realmente empezaba la primavera: el aire tibio y la puesta de sol cada vez más tardía, los niños en los columpios sin guantes ni anoraks, el almendro en flor en un rincón del parque. Mi cuerpo también lo notaba, revivía poco a poco. Hablaba cinco minutos con mi madre, pero pensaba en el tiempo que corría y no tardaba en irme. Salía de nuevo a la calle soleada, echaba a andar en sentido contrario al de mi casa, tomaba una de las cuestas y empujaba el cochecito con ímpetu. En lo alto de la cuesta ya sudaba de nuevo, pero me notaba las piernas cada día más fuertes, el pulso menos acelerado en las sienes, el cochecito pesaba menos. Contemplaba unos minutos las vistas. No, no era simplemente una pobre mujer traicionada, ojerosa y con los pezones irritados, era una madre joven y todavía atractiva, los hombres que

fumaban en la puerta de los bares bien que me miraban, era una mujer que se espabilaba, dejaba cicatrizar la puñalada, criaba a una hija, subía escaleras arriba con las bolsas del súper y la niña, bajaba de nuevo a por el cochecito y todavía tenía fuerzas para preparar la cena y lo que hiciera falta, quién lo habría dicho. Me había comprado una de esas bandas de tela que usan las africanas para llevar a los crios en la espalda, al principio me daba tanto miedo que Mariona se me cayera y se lastimara que casi había desistido de utilizarla, después me había acostumbrado, y ella también, y mientras cocinaba y arreglaba la casa ella me balbuceaba sobre los riñones, con las manitas me arrugaba la blusa, pero estaba tranquila; después le daba la cena, después la bañaba. Cuando llegaba él, se ocupaba de acostarla, la mecía un rato o la paseaba hasta que cogía el sueño, después se duchaba, cenábamos con la tele de fondo pero sin mirarla, el uno frente al otro, hablando poco, mirándonos de vez en cuando, ciertas miradas tenían una fijeza especial, algún día tomábamos una copa de vino, y cuando recogíamos los platos de la mesa siempre había un brazo que rozaba otro brazo, dos manos que iban a buscar la misma copa, ninguno de los dos se apartaba con aire incómodo ni decía Perdona, y eso era buena señal. Un día él se había puesto a lavar los platos y yo me había quedado mariposeando con la copa de vino por el comedor. De pronto me había dado por ir a la cocina, dejar la copa con un dedo de vino en la encimera y rodear la cintura de mi marido con los brazos. Él se sobresaltó, después pensó que lo abrazaba, no, no era un abrazo, con los dedos buscaba el cordón de los pantalones de chándal, tiré de ellos hacia abajo mientras me ponía de rodillas y le di la vuelta, tiré también de los calzoncillos, lo miré a los ojos. Él me miraba mientras me movía ahí abajo, al principio se agarraba a los bordes del fregadero sin quitarse los guantes de plástico, que goteaban espuma, unos momentos después lo oí gemir, un guante cayó en el suelo con un plaf, el otro lo dejó en la encimera, me puso una mano en la cabeza, me acariciaba el pelo, me acompañaba los movimientos, al cabo de un rato me levanté con ímpetu, tiré de su ropa hacia arriba, me lo llevé hasta el sofá cogiéndolo por la camiseta, lancé los cojines por el suelo, me senté mientras empezaba a desabrocharme la blusa, le dije Ven. Y él vino. Pasó algo parecido al día siguiente, y al otro, y al otro, durante no sé cuántos días. Alguna vez pasaba en cuanto entraba en casa, antes incluso de que tuviera tiempo de ducharse, la piel pegajosa, el olor a pollo, los labios húmedos, la ropa por el suelo, las lenguas cada vez más ávidas, en el sofá, en la cama, en la cocina. Me ponía uno de esos conjuntos de lencería comprados hacía poco, unas gotas de perfume, aquellas extravagancias ya no me daban vergüenza. Algunas mañanas aún me levantaba con la imagen de esas manos aferradas a la nevera, pero me esforzaba por enterrarla bajo las de

nuestros arranques de fogosidad vespertina. En un momento dado empecé a repetirme una cosa curiosa que me había dicho mi madre: Tienes que dar la vuelta a la tortilla. Bueno, ¿no lo estaba haciendo ya? Pero ¿y si no acababa de hacerlo nunca hasta el final? Y venga a cavilar. Hasta que, una tarde de finales de junio, con el cielo negro y las calles vacías en espera del aguacero, habíamos empezado a recoger temprano, y los asadores se estaban enfriando desde hacía rato. Limpiábamos, fumando y compartiendo una cerveza como tantas otras tardes, pero aquel día, no sé por qué, esas imágenes se habían vuelto vividas y persistentes de nuevo. Lo observaba y lo veía tal y como me imaginaba que había estado con la otra, la cara roja, la camiseta empapada, veía esas manos con las uñas color sangre sobre su piel sudada. Por la calle no había ni un alma. Hacia las tres y media empezaron los relámpagos y los truenos. Él salió un momento, miró el cielo, bajó unos palmos la persiana. Me miró a mí, un poco receloso. Ya hacía más de un año que habíamos entrevistado a esa nadie que a mí me había gustado y me había parecido despierta y que a él también le había gustado. Quería acercarme a él y cogerlo por la camiseta, quería preguntarle si se la había tirado mientras ella se agarraba a la nevera, si realmente llevaba las uñas del color de mi pintalabios. Me quedé mirándolo fijamente sin darme cuenta, hasta que al final me di cuenta y aparté los ojos. Y de pronto recordé esa frase: la tortilla, tienes que dar la vuelta a la tortilla. Él contaba billetes y monedas, después me ayudó a acabar de limpiar, mirándome de reojo de vez en cuando, al final abrió los brazos como si se rindiera y me preguntó Eva, ¿qué pasa? Justo entonces miré a la calle y vi pasar a un hombre que se tapaba la cabeza con un maletín, y después a un par de señoras que corrían con bolsas de plástico sobre los peinados. Empezó a caer una espesa cortina de agua. Los relámpagos se reflejaban en la lluvia y en las ventanas de enfrente. Las dos señoras volvieron a aparecer y se cobijaron bajo nuestro toldo, y los parroquianos del bar de enfrente se asomaron para contemplar la tormenta; sus cigarrillos eran puntos de luz roja en la tarde prematuramente oscura. A él debió de parecerle que me había vuelto loca, pero esa lluvia refrescante y esas mujeres corriendo con la bolsa del súper en la cabeza me provocaron un ataque de risa. Lo miré y le dije que cerrara con llave, y él hizo aquel ademán de encogerse de hombros que en cualquier otro momento me habría irritado. Al oír la llave, las señoras dieron un respingo, él las tranquilizó con un gesto. Yo me fui a la trastienda y lo esperé sentada sobre la nevera. ¿Qué pasa?, repitió al entrar. Se quedó de pie ante mí, a unos cuantos pasos prudenciales. Yo apoyé una palma sobre la nevera, una mano blanca, de dedos largos, con las uñas sin pintar, Ven aquí, anda. Él vino un poco vacilante. Le levanté la camiseta y le puse ambas manos sobre la barriga caliente, que se movía con la

respiración, las hice subir por la espalda mojada y de nuevo hacia delante, por los hombros, los pezones rodeados de vello grueso, el ombligo, le metí una mano por dentro de los pantalones y los calzoncillos, él me dejaba hacer con una mirada entre tímida y divertida. ¿Ahora quieres…?, y dejó la pregunta a medias. Yo sonreí, asentí. Él actuaba con cautela. Me desabrochó la bata blanca, me puso una manaza en el cuello, con un dedo juntó unas cuantas gotitas de sudor que se me habían estancado sobre la clavícula, bajó hasta la blonda de color malva, poco a poco la cerró sobre un pecho, primero delicadamente, después con firmeza, después me tocó con la otra mano mientras yo le buscaba los labios. Oía los truenos, la lluvia, notaba esos labios salados, el roce áspero de la barba, el deseo que me subía como una urgencia temblorosa por el vientre, dar la vuelta a la tortilla tenía que ser eso, pero aún no estaba segura, las imágenes volvían, las uñas color sangre clavadas en aquella espalda, y entonces me decidí, lo aparté y me giré, apoyé ambas manos sobre la nevera, le dije Quiero que lo hagamos así. Él ya se bajaba la cremallera cuando yo le pregunté sin volverme Fue aquí, ¿verdad? ¿El qué? Con esa bruja, fue aquí. Él dejó estar los pantalones y me giró de nuevo hacia él. Me miraba fijamente, pero no pude decidir si estaba irritado, cabreado o impaciente, y entonces fui yo quien se encogió de hombros y le dije Da igual. Le bajé los pantalones y los calzoncillos y me di la vuelta. Da igual, repetí, pero quiero que lo hagamos así. Entonces él me giró otra vez con cierta mala leche, me cogió la cara con ambas manos, acercándola a la suya, obligándome a mirarlo, No pasó nada, dijo con una especie de furia. Después de unos segundos añadió ¿Lo entiendes? Sí, lo entendía. Más que las palabras eran los ojos, y más que los ojos era la sensación de ligereza que yo tenía dentro. Y ahora fue él quien me dio la vuelta, me bajó los pantalones y las bragas y al poco me embestía con fuerza. Yo me agarraba a la nevera y sonreía, gemía, sonreía, me agarré más fuerte mientras él se doblaba sobre mí, y fuera la tormenta descargaba sin parar, con un ruido sordo y estallido de truenos… Y sí, dar la vuelta a la tortilla tenía que ser eso.

# III

El apartamento era de los primeros que se encaramaban en la montaña, más alto que los de delante, y desde la terraza se veía el puerto y la playa de L'Estartit moteada de sombrillas de colores. El perro de mi suegra ladraba sin parar porque había visto en la terraza del piso de abajo a otro perro, un perdiguero que se había echado a la sombra y se limitaba a mirarlo con los ojos entornados. Los ladridos de aquel yorkshire antipático se me metían en el cerebro. Mariona se había levantado y se apartaba del grupo con cuatro muñecas agarradas por el pelo, su hermanita de un año y la primita de diez meses jugaban con las que quedaban en el suelo, ambas arrellanadas en pañales y sin camiseta. Eran las seis y el calor todavía asfixiaba, pero el toldo desplegado y un poco de brisa que venía de la costa lo hacían soportable. La suegra estaba dentro removiendo cubitos, porque Ramon quería un gin-tonic, él y su mujer miraban hacia la playa, fumando, y hablaban de una gira y de un álbum y también de Lana, la cría con el pelo rubio y rizado que le cogía las muñecas a mi hija pequeña y las golpeaba de cara contra el suelo. Al entrar al apartamento con las maletas habíamos visto otro par de maletas arrimadas al armario del recibidor, y la suegra nos había mirado con cara de circunstancias. Era el lunes 4 de agosto, nuestro primer día de vacaciones; aquel año solo nos íbamos diez días porque nos habíamos comprado el piso y teníamos que ahorrar. Desde el recibidor oímos las carcajadas sonoras de Ramon, y una voz de mujer extranjera que decía ¡Lana, Lana, deja tranquilo al perrito! Debe de haber habido un malentendido, comentó la suegra con una sonrisa forzada, porque Ramon y Janne también han venido hoy a pasar quince días en el apartamento. Él le murmuró que del 4 al 13 teníamos que venir nosotros, y ella puso cara de vinagre, frunció las cejas, No, no puede ser… Debe de haber habido un malentendido. Él dejó las maletas al otro lado del recibidor. Yo iba tras él con la mayor cogida de la mano y la pequeña en brazos, el cochecito lo habíamos dejado en el maletero. Un nudo de rabia me iba subiendo por la garganta. Lo miraba a él, a la suegra no, le miraba la nuca y me pareció que la encogía un poco mientras ella repetía que realmente había habido un malentendido. Se oyeron ladridos, y de pronto Mariona se me soltó de

la mano, atravesó el recibidor corriendo y gritando ¡Robi, Robi!, y se escabulló por la puerta acristalada. La suegra le dio dos besos a mi marido, le dijo que pasara, a mí no intentó darme dos besos porque me vio la cara y no era tan tonta como eso, le tocó la cabeza a la cría, esbozó una media sonrisa, ¡Qué grande está! Pero pasad, que íbamos a tomar algo… Él había llegado hasta la puerta acristalada, allí se volvió, intercambiamos una mirada, no había nada que hacer, decía la suya, la mía decía más cosas, pero él ya entraba en la sala de estar para no verlas, oí que saludaba a su hermano, que le presentaban a la mujer, lo siguió la suegra con ese ridículo vestido de flores, el pelo teñido de un rojo estrambótico, qué mujer tan sinvergüenza, oí que repetía lo del malentendido con una vocecita inocente, Ya le he dicho a Pere que estos quince días os los había reservado a vosotros, y vi claramente que ese mismo día tendríamos que volver con las maletas y el cochecito y las sombrillas a casa. Me quedé en el recibidor en penumbra unos momentos para recobrar la calma, pero apenas podía tragar saliva porque ahora aquel nudo de rabia era del tamaño de un puño, y tenía un zumbido en los oídos que no me dejaba oír nada. Empezaron a hacerme chiribitas los ojos y me pellizqué fuerte el muslo, solo faltaría eso, que me cayera redonda y la pequeña se hiciera daño. Veía las siluetas que gesticulaban al otro lado del cristal esmerilado, a mi hija que pasaba a toda prisa persiguiendo al perro, la voluminosa figura de la suegra hacia el otro lado, hacia la cocina, y oí que él me llamaba. Respira, me dije, respira, y empujé la puerta cubriendo la cabeza de la niña como si tuviera que protegerla de algo. Ramon vino a darme dos besos, me dijo que estaba muy guapa, que ser madre me favorecía, Cuánto tiempo, cuánto tiempo, y ella es Laieta, ¿verdad? Pues aquí tienes a Lana, deja que se conozcan, y ella es Janne. Dejé a Laia en el suelo con su prima y miré a Janne. Era una alemana rubia y espléndida, la versión adulta de la cría que se le cogía a la pierna, con el pelo menos rizado y recogido en una cola de caballo en la parte alta de la cabeza, el cuerpo sinuoso, los ojos verdes. Llevaba unos shorts blancos y una diminuta blusa de ganchillo que dejaba a la vista medio palmo de barriga plana y morena y un piercing, tras la malla de ganchillo se entreveía un biquini de lentejuelas o algo por el estilo. Dije un hola que me salió ahogado; antes de que tuviera tiempo de acercarme para darle dos besos, la muy bruja extendió una mano, brusca y disuasoria como una lanza, y yo se la estreché sin fuerza mientras volvía a encendérseme la sangre. No, esa bruja no podía ser la Janne de quien nos habían hablado durante la última comida de San Esteban, la que había dado a luz a ese angelito rubio hacía diez meses justos, no, vaya broma: yo había engordado diez kilos con el embarazo de Laia y aún tenía que perder seis y medio. Las carnes flácidas de la barriga y los muslos las

escondía, hoy, debajo de aquel vestido hippie holgado y largo que había visto días mejores. Debía de dar lástima, claro, con las gafas de sol baratas entre el pelo enmarañado y aquel saco por vestido que ya no era bonito ni hippie ni nada, era una simple camisa de dormir gastada y amarillenta, y esa bruja me miraba y cruzaba las piernas finas y morenas. Me alegró ver que calzaba unas chanclas de plástico feas y que tenía los dedos de los pies un poco rechonchos; al menos yo llevaba unas sandalias elegantes y tenía los dedos largos y delgados, bien formados. Entonces habló con el angelito, Lana, vamos a la terraza, ¿sí? Mientras se daba la vuelta, me fijé otra vez en aquel vientre plano como una bofetada y en el piercing que tenía en el ombligo, un brillante grande abajo y uno más pequeño arriba. Salimos al bochorno de fuera, Ramon desplegó el toldo. Mi marido enseguida entró de nuevo: Voy a buscar las muñecas, se excusó. Robi ya había visto al perdiguero de abajo y lo provocaba con ladridos histéricos, mi hija mayor se obstinaba en tocarlo e intentaba cogerlo y el perro le gruñía. Te va a morder, Mariona; pero ella no me hacía ni caso. Sudaba como en la tienda bajo aquel saco amarillento, y estaba segura de que mis carnes demasiado generosas quedaban visibles a contraluz. Me senté en una de las tumbonas con la pequeña en el regazo, pensando que apenas hacía un momento que habían desplegado el toldo y que el suelo debía de estar ardiendo. Él salió con la bolsa de las barbies, las esparció por un rincón cubierto con una esterilla de mimbre donde ya había una muñeca grande en su cochecito y un león de peluche, me cogió a Laia y la dejó allí, frente a los juguetes. Lana la miraba con curiosidad, fue hacia ella con paso vacilante y se arrellanó a su lado. Sentí una punzada de envidia al ver a esa criatura rubia y angelical, ya bronceada por el sol de alguna playa, que andaba y se sentaba y se levantaba sola, cerca de mi niña pálida, un poco ojerosa, que apenas empezaba a sostenerse en pie sin ayuda. Ramon y Pere hacían tintinear los cubitos de los gin-tonics apoyados en el muro de la terraza, Ramon reía con ganas y daba golpecitos con el codo a Pere mientras le hablaba animadamente de algo, y Pere asentía aguantando la sonrisa, agachaba la cabeza y miraba al perdiguero tranquilo. Miraba el cielo, alguna gaviota que volaba en círculos, la playa a lo lejos. Parecía querer apartarse un poco del hermano demasiado expansivo. Cuando su madre le había preguntado si también quería un gin-tonic, él había titubeado antes de responder, me había mirado de reojo como buscando mi aprobación, yo había dicho que una clara sí que me la tomaría, y realmente me hacía falta. Janne se había sentado en la tumbona al lado de la mía, la suegra había vuelto a escaparse para no tener que entretenernos. Mirábamos ambas cómo jugaban las niñas y no conseguíamos entablar conversación, y no era por la barrera lingüística, porque su catalán era muy decente. ¿Cómo

hubiéramos podido entendernos? Ella, Ramon y su hija se quedarían en el apartamento donde habíamos pensado quedarnos nosotros, y nosotros tendríamos que fastidiarnos y volver al piso bochornoso de Barcelona. Ella no debía de ser mucho más joven que yo, pero, gorda y cansada como me sentía, estaba segura de que mis veinticinco parecían cuarenta. Ella cantaba en un grupo indie, yo vendía pollos. Con un poco de esfuerzo intercambiamos cuatro frases. Entonces Lana vino a darme una muñeca, y después otra, y después los vestiditos, me lo iba dejando todo en el regazo, al final levantó los brazos para que la cogiera, la cogí y la senté a mi lado en la tumbona. En cuanto lo vio, Mariona, que se había apartado en su rincón para jugar sola, vino y quiso sentarse conmigo ella también, y que Lana le devolviera la barbie mulata de pelo quemado que tenía, y después de cederle la Sirenita de pelo rojo e igual de quemado lo consiguió. Desde la esterilla, Laia vio que se había quedado sola y que yo tenía a las otras dos conmigo y se echó a llorar. Él la cogió, la sostuvo un par de minutos, pero la pequeña me quería a mí y al final me la dejó en el regazo como pudo entre las otras dos, y ya tenía a las tres niñas en la tumbona conmigo y un cargamento parecido de muñecas. Ramon nos miraba, el gin-tonic en una mano, el cigarrillo en la otra, ¡Qué madraza!, exclamó, dejó la copa peligrosamente cerca del borde del muro, se sacó el móvil del bolsillo, le pidió a su hermano que se apartara, ¡Quita, hombre, que solo quiero a las chicas!, sacó cuatro o cinco fotos, primero acercándose, después alejándose hasta casi tocar la pared, no quedaba claro si encuadraba también a Janne, Janne tampoco lo tenía claro y la oí decir con voz irritada Cuidado con la copa, no la vayas a tirar. Él no pareció haberla oído, sonreía con el cigarrillo colgado a un lado de la boca y parpadeaba por el humo. Yo agaché la cabeza y me quedé mirando el remolino que Laia tenía en el centro del cráneo. Sabía que Janne ponía mala cara y mi marido también, y que a Ramon le importaba un comino, como siempre. En un cuarto de hora se había acabado el gin-tonic y entró para que le sirvieran otro, diciéndole a Pere que era un pasmado por tener el suyo todavía a medias. El perro ladraba como un poseso, solo paraba para recobrar aliento y volvía a arrancar. Yo no había querido maltratar nunca a un animal, pero a este tenía muchas ganas de darle un puntapié que lo mandara a la terraza del perdiguero, para que le enseñaran lo que pasa cuando se provoca a alguien más fuerte. Entonces Laia se puso a llorar de nuevo, dije que a lo mejor tenía hambre y me desabotoné el vestido. Janne se levantó y cogió a Lana, Ven, que ahora estorbarás a tu tía, y me sonó raro que se refiriera a mí de esa manera, «tu tía», ese tono que de pronto parecía casi tierno en esa chica tan estirada. Miraba con una especie de avidez mi pecho hinchado de leche y a la niña que lo agarraba tranquila, hasta que al

final lo dijo, Yo no pude darle el pecho, y bajó los ojos, No tenía leche. Me preguntó si también había amamantado a la mayor. Por un momento me dejé llevar por una ridicula vanidad de vaca superproductiva, escondí las dificultades y los dolores y exageré mis capacidades lácticas; era la única compensación posible por ese vientre plano y ese biquini de lentejuelas. Los hermanos hablaban de espaldas a nosotros, mirando el mar, y Robi venga a ladrar, hasta que Mariona, que había empezado a pasear el león en el cochecito, quiso pasear también al perro. En cuanto lo cogió, el bicho soltó un gruñido y le pellizcó el brazo con los dientes, la niña chilló y lo dejó caer al suelo, el perro también chilló. Tenía una boquita pequeña y unos dientes como de juguete, y estaba claro que ninguno de los dos se había hecho daño, pero el alboroto me exasperaba, llamé a Pere, le dije ¿No lo puedes encerrar dentro de casa? Al final le harán daño. Pere lo cogió como pudo, el perro gruñía, abría la boca como una piraña e intentaba morderlo girando el cuello, lo encerró en el comedor y el perro siguió ladrando desde allí. Ramon tenía los ojos brillantes. Dijo que con un poco de imaginación habría espacio para todos. Estaban los sofás, la cama de matrimonio… Las tumbonas, para dormir al fresco… Cosas más raras se han hecho en este apartamento, ¿verdad, Pere? Janne fruncía el ceño, Pere soltó una risita y sacudió la cabeza, yo hacía como quien oye llover: esperaba a que la cría dejara de mamar para levantarme, poner una excusa y largarme de una vez. Como no le respondía nadie, Ramon sacó otro tema, y después otro, pero solo Pere le seguía sin ganas la conversación, y al final noté que se inquietaba y que le entraban ganas de salir de allí. ¿Por qué no íbamos a tomar algo al paseo? Daríamos una vuelta por la playa en el mejor momento, sin el bochorno, cenaríamos juntos y después ya no nos parecería tan absurda la idea de quedarnos todos en el apartamento. Creo que estaríamos incómodos, Ramon, dijo Janne al final, con la rigidez teutónica del principio. Él la miró con aire enfurruñado y no contestó, yo le dije que Janne tenía razón, no podía ser, y ahora me tenían que disculpar, porque debía bajar un momento y pasar por una farmacia, Pere me acompañaría, ¿Verdad, Pere? Me volví hacia Janne: ¿podía vigilar un momento a las pequeñas mientras estábamos fuera? Sí, por supuesto. Laia se había dormido en la tumbona, Mariona hacía girar la barbie enfermera por el pelo y su primita se reía. Ramon fumaba con la frente arrugada y echaba silenciosos tragos al gin-tonic como siempre que las cosas no salían como él quería. Empujé a Pere hacia la puerta, Venga, hasta ahora. Él entró en la cocina para hacer saber a su madre que íbamos a la farmacia, que no tardaríamos, etcétera, y ella le dijo a media voz que al menos nos quedáramos a cenar, haría esqueixada y tostadas con anchoas. Yo había empezado a bajar por las escaleras. En la calle

echamos a andar juntos entre heladerías, columnas de postales y sombreros de paja hasta que llegamos al paseo marítimo, que era un caleidoscopio de turistas quemados, restaurantes y hoteles. Él se dejaba llevar. Pasamos por delante de una farmacia, pasamos por delante de otra, esa la vio y me preguntó si no tenía que entrar, No, no tenía que entrar, tenía que salir del piso sin que se nos pegara tu hermano, ¿qué demonios haremos, ahora? Otra vez ese gesto, ese encogimiento de hombros dejado a medias que me sacaba de quicio. Todo lo hacía a medias, ese hombre, todo se lo quedaba dentro, todo lo dejaba pasar, incluso cuando su familia se quedaba sin vacaciones: ¿era posible que ni siquiera hoy se le ocurriese decir basta y hablar claro? En el apartamento no cabemos todos de ninguna manera, dijo al final, Por supuesto que no cabemos todos, y tu madre quiere que se queden ellos, esa estirada y su hijito predilecto. Él dejaba que me desahogara sin responder, hasta que añadió Pues tendremos que volver a casa, Y a las niñas que les den, ¿no? Pero ¿qué quieres hacer? Pues como mínimo ir a ver si encontramos una habitación en algún lugar, ¿Ahora, en pleno agosto, quieres buscar una habitación? Al menos lo podemos mirar, ¿no te parece? Y eso hicimos. Entramos en un par de hostales modestos. No tenían nada, claro. Caminamos un poco más, entramos en un hotel, nada, encontramos otro, uno de esos sitios vistosos con un vestíbulo demasiado elegante. Entramos, a mano derecha se veía un comedor lleno de mesas puestas, manteles color salmón, servilletas dobladas en forma de abanico y camareros uniformados, pues estábamos de suerte, sí, hoy habían tenido una cancelación, una habitación de matrimonio, sí, se podía poner una cama accesoria, una cuna, tenía vistas al mar, desayuno incluido, televisor, aire acondicionado y mueble bar y… ¿El precio? El recepcionista nos lo dijo en un tono neutro y nosotros asentimos intentando no cambiar de expresión; él se me quedó mirando con cara de desánimo. Un momento, por favor, le dije al recepcionista, y nos apartamos un poco, como dos niños que confabulan. ¡Qué dineral!, dijo él mirando el comedor con aire resentido. Yo hacía cálculos. ¿Cuántos días podemos permitirnos? Me miró extrañado. Pero ¿realmente te quieres gastar tanta pasta por unos cuantos días de playa? Le eché una mirada irritada. Era muy diferente de su hermano, los ojos castaños, corpulento, el pelo oscuro, la timidez con las mujeres, todo él vacilaciones y gestos dejados a medias. Le dije en un tono enérgico Yo quiero que mis hijas se bañen en el mar y vuelvan morenas a casa. Decidimos coger cuatro noches: el quinto día regresaríamos después de comer y todavía tendríamos una última mañana de playa. De vuelta al apartamento, Ramon había empezado su tercer o cuarto gin-tonic y participaba en una reunión de muñecas moviendo a Pocahontas y haciéndola hablar con una vocecita aguda,

Janne estaba en la cocina, ayudando a la suegra a preparar la esqueixada. ¿Nos quedaríamos esa noche, al menos? Ya lo habíamos hablado: no, habíamos tenido suerte y habíamos encontrado una habitación en un hotelito que estaba muy bien; no, gracias, a cenar tampoco, yo estaba muy cansada y prefería ir tirando para allá, cogimos las maletas, las barbies y a las niñas y nos despedimos de todos sin dejarnos convencer ni de tomar otra copa ni de pasear un rato ni de ninguna otra cosa, Un día de estos a lo mejor venimos de visita, sí. Ramon me dio dos besos y me cogió un momento del brazo, ¡A ver si no tardamos tanto en volver a vernos!, y sonreía, como si no fuera él quien encontraba de lo más conveniente olvidarse de la familia mientras corría por el mundo promocionando grupos y seduciendo a cantantes. No se tambaleaba ni nada de eso, pero hablaba con una articulación más laxa y tenía los ojos un poco centelleantes, como cuando era más joven. Janne y yo volvimos a estrecharnos la mano, y fuimos lo bastante civilizadas como para hacerlo más cordialmente que la primera vez, pero en sus ojos se veía de nuevo cierta frialdad, y me pregunté qué le había contado ese tonto de Ramon. Entre él y yo no había habido nada. No había habido nada, pero esa noche, en el balcón del hotel, mientras mirábamos las lucecitas de los barcos mar adentro y nos pasábamos el botellín de whisky del mueble bar —se pagaba aparte, pero ya daba igual—, yo pensaba en un concierto de hacía seis años. Mi amiga me había dicho que después del concierto me presentaría al guapo de la banda: a ella le parecía demasiado creído, pero a mí me gustaría. Ramon me había dedicado una de sus sonrisas seductoras, habíamos hablado a gritos sobre el ruido de la música, el centelleo en los ojos, la mirada descarada, me puso una mano en la cintura, cuando le dije que tenía que irme me cogió del brazo como había hecho hoy, me dijo que nos viéramos al día siguiente allí mismo a las diez: no habría tanto ruido y podríamos hablar con un poco más de calma, y al darme los dos besos de despedida se me acercaba tanto como podía a los labios. Al día siguiente salí tarde del trabajo; después de cenar corriendo, mi madre me entretuvo con tonterías, llegué al bar cuando eran las diez y cinco, pregunté al camarero y me dijo que el guitarrista de ayer había venido, se había tomado un par de cervezas y se había ido hacía un cuarto de hora con una chica. Me desinflé del todo. Al salir me topé con un chico que entraba, le pedí perdón con aire mortificado y tras un vistazo distraído lo reconocí como el bajista del grupo. Él se acordaba de mí; nos habían presentado brevemente el día antes. Me preguntó si me podía invitar a una cerveza. Era tan tímido comparado con el otro, tan corpulento y de pelo tan oscuro, mientras el otro era tan delgado y casi rubio, que no se me hubiera pasado nunca por la cabeza que fueran hermanos, hasta que él dijo de pasada Mi hermano,

Ramon, el guitarrista del grupo… Me quedé de piedra: ¡era el hermano! Mientras nos acabábamos la cerveza lo miré un poco mejor. No era guapo, no, pero tenía algo interesante, y su nariz, recta y bien formada, era igualita a la del otro, como también su risa franca. Era simpático, pero cuando al final me pidió mi teléfono yo titubeé. En realidad, no quería dárselo a él sino al otro, no quería que me llamara él sino el otro, ese caradura que me había dejado plantada; se me ocurrió la estupidez de que quizá este hermano le diría al otro que me había visto, que había hablado conmigo, Qué tonto fuiste de largarte, esta chica es encantadora, me imaginé que el otro se picaría y le robaría el número y que quien me llamaría sería él. Pero no, Ramon no me llamó nunca, quien me llamó dos o tres veces a lo largo de la semana siguiente fue Pere, y empecé a salir con Pere porque mi amiga me decía que a Ramon lo veía cada día con una chica distinta, que tenía un club de fans entero a su disposición, y Pere, en cambio, solo me quería ver a mí, y aunque no fuera el otro empezó a gustarme cómo me miraba y me hablaba, me gustaba esa nariz y esa forma de reír, después empezaron a gustarme sus besos y sus abrazos de hombretón. A Ramon no volví a verlo hasta tres meses más tarde, la primera vez que fui a casa de la familia. Me lo encontré cuando él bajaba y yo subía por las escaleras, la cazadora de cuero, la camiseta negra de algún grupo que yo no conocía, el pelo largo, la sonrisa, el centelleo, sin decirme nada se acercó a mí y me estrechó la cintura y arrimándome contra la pared fría me dio un beso en los labios, un beso largo, un beso descarado y confiado, seguro de su fuerza y de mi debilidad, acto seguido se llevó un dedo a la boca: no, yo no diría nada, él tampoco, no había sido nada, no lo sabría nadie. Pero ahora, después de acabarnos el botellín de whisky, resultaba que sí lo sabía alguien, porque Pere me miró con los ojos vidriosos y me soltó Tú ya estabas conmigo y le diste un beso. Un día que venías a verme, justamente el día que venías a conocer a mis padres. Se quedó callado un momento, y después repitió con voz áspera Ya estabas conmigo y le diste un beso. Me quedé boquiabierta, tardé un poco en reaccionar, el whisky me envaraba la lengua. *Dejé* que me diera un beso, y quería continuar con una justificación cualquiera, pero él bufó ¡Uy, sí, vaya diferencia! Lo dijo sin apartar los ojos del mar y apretando los dientes. Yo me limitaba a contener los daños, pero vacilaba un poco, Pues sí, hay alguna diferencia…, porque a veces en situaciones así te cogen por sorpresa, y, en fin, no sabes cómo reaccionar. Pero será mejor que no continuemos hablando del tema. Él se puso de pie y ahora sí que me miró. ¿Por qué no? ¡Hablemos del tema!, levantaba la voz y le dije que se callara, que las niñas dormían y que no nos convenía continuar. Ha sido un día muy largo. Mañana quiero ir a la playa temprano… Vamos a la cama. Me dijo que fuera yo, se sentó y fijó de nuevo la

vista en el agua, en la lucecita parpadeante de alguna barca. Pensé que iría al mueble bar y cogería el otro botellín de whisky, que me daría la pobre satisfacción de pensar En eso sí que se parece a su hermano. Pero no lo hizo, se limitó a encender un cigarrillo y se quedó allí como petrificado. Yo entré sin decir nada más, me desvestí a oscuras y me tendí sobre la sábana fresca. Me dormí viendo su figura recortada contra la luz del paseo, oyendo las olas.

# IV

Había empezado el curso y Mariona tenía que ir a catequesis cada martes. La iglesia estaba muy cerca de casa, el aula donde daban las clases quedaba ahí mismo, en el edificio parroquial. Aun así, la niña quiso que la acompañaran el primer día por si no encontraba el lugar: no conocía a la gente, ni al párroco tampoco, podía perderse; le daban esos prontos de vergüenza. Ese primer martes salí con el tiempo justo del trabajo y ya no pude pasar por casa a ducharme, solo tuve tiempo de cambiarme y lavarme la cara. Sudada y con todo el olor a pollo encima, corrí hasta la escuela, salió primero Laia, fuimos a esperar a Mariona a la otra puerta, quise acompañar a Laia a la tienda, ella dijo que podía ir sola, estaba ahí mismo, de tímida no tenía un pelo. Mariona y yo nos despedimos de ella y nos adentramos por el callejón que conducía a la plaza, le di el bocadillo de jamón york que le había preparado. Esa tarde habían tenido gimnasia, llevaba la coleta torcida y con greñas erizadas sobre ambas sienes, el chándal lila y rosa que al final le había regalado la abuela, costaba un riñón porque era de no sé qué marca, pero sus dos amigas del alma lo tenían igual y ella también debía tenerlo; siempre que lo llevaba ponía cara de creída. Atravesamos la plaza llena de niños con peonzas, se habían puesto de moda de nuevo y todo el mundo tenía una, las pintaban de colores, algunas parecían fluorescentes, otras eran de plástico y al girar hacían un ruidito y se encendían unas lucecitas, los abuelos pasaban el tiempo parsimoniosamente sentados en los bancos y las madres tomaban café en las terrazas. Tiramos calle arriba, dejamos atrás los tres o cuatro cruces y llegamos a la iglesia, en el patio ya había un grupito de padres y madres, sobre todo madres y un par de hombres, mientras entrábamos vimos venir al párroco: iba vestido de calle, era un hombre seco pero atractivo, con las cejas y el pelo muy negros. Los niños se fueron agrupando ante él, Mariona me dio un beso y también se fue hacia allí, las madres empezaron a volverse para irse, uno de los hombres también se volvió y me miró, un hombre de pelo tan negro como el párroco pero de mirada menos dócil y más viva; en realidad miraba hacia la puerta del recinto, pero sus ojos habían topado con los míos. Sonreía, me pareció que esa sonrisa había sido para su hija, a quien acababa de dar dos besos, pero ahora se prolongaba mientras

me miraba a mí, quizá era un accidente, y quizá por accidente, también, yo le devolví la sonrisa y me dieron ganas de que hablara conmigo. De camino a la puerta, él aceleró el paso y se puso a mi lado, No nos conocemos, ¿verdad?; yo dije que me parecía que no, constatamos que las niñas no iban a la misma escuela, la suya iba a una privada en las afueras, el autobús la había dejado en la rotonda y hoy él había salido antes del trabajo para enseñarle dónde estaba la iglesia, en realidad no vivían en el barrio, pero le hacía gracia que la cría hiciera la primera comunión donde la había hecho él. Yo sí, yo vivía aquí, pero la niña había querido que la acompañara el primer día, en adelante ya iría sola, Pues ya que hoy nos hemos molestado en venir, y yo ya no tengo que volver al trabajo, bien podríamos llegarnos a la plaza y tomar un café. Las madres ya se alejaban en todas direcciones desde el cruce de la iglesia, y nosotros dos habíamos empezado a bajar por la calle que llevaba a la plaza. Mientras dudaba y caminaba a su lado intentando mantener una distancia natural con él, pensé que sería más incómodo inventarme alguna excusa y dije que por qué no. Lo iba mirando con discreción. Vestía traje, camisa y corbata, era más bien delgado, de rasgos afilados pero armoniosos, iba impecablemente afeitado. Las manos las tenía finas y pequeñas. Olía a alguna colonia buena, pero yo solo la percibía cuando llegábamos a un cruce y venía una ráfaga de viento lateral. Empecé a sentir vergüenza por ir tan sudada y oler a pollo, debía de tener el pelo aplastado por la cofia y grasiento, ni siquiera me había mirado al espejo antes de salir de la tienda. Lamenté no haberme puesto unas gotas de Chanel n." 5, aún lo guardaba en el pequeño armario y hacía tiempo que no lo usaba, pero, pensándolo mejor, seguro que a ese hombre tan fino le hubiera asqueado, la mezcla de un perfume caro con el fuerte olor a pollo, no, era mejor lo segundo y ya está. Antes de sentarnos ya nos habíamos informado de nuestras profesiones respectivas, Yo tengo una empresa de maquinaria de construcción, sobre todo grúas, Yo tengo una tienda de pollos al ast con mi marido. Pedimos dos cafés con leche, el mío descafeinado, el suyo con sacarina y leche de soja, como los de las madres alternativas y aficionadas al yoga de la escuela. Y de repente empezó a hablarme de su familia y de su hija. Que si hacía cinco años que se había separado, que si su exmujer solo pensaba en el trabajo… La cría vivía con él y dos fines de semana al mes los pasaba con su madre. Después me contó más cosas: era un hombre inquieto, la ciudad lo agobiaba e intentaba pasar tanto tiempo como podía en los Pirineos, una vez al mes se iba de excursión dos o tres días, a veces con la niña, tenían una casa en la Cerdaña, ¿conocía un pueblecito encantador que se llamaba Lio? Pues es precioso, de una tranquilidad extrema, unos paisajes que dejan sin aliento. También le gustaba ir porque era donde había trasladado los

libros de su difunto padre, unos tres mil volúmenes, con algunas ediciones raras de clásicos catalanes e ingleses, su padre tenía debilidad por Stevenson. Para mí, ¿sabes?, no hay nada mejor que una noche que nieva fuera y el hogar está encendido en casa, mi hija juega allí cerca, yo me tomo una infusión y leo en la butaca: no necesito nada más. En realidad, había querido estudiar Humanidades, pero su padre había insistido en que hiciera Derecho o Economía, al final había empezado Empresariales, pero se había decidido a montar su propia empresa y lo había dejado. ¿Y a mí me gustaba leer? Yo debí de sonrojarme mientras hacía un esfuerzo supremo de memoria; sondeaba mis recuerdos de las lecturas del instituto. Al final me acordé de Laura *en la ciudad de los santos* y dije que me había gustado mucho, *Espejo roto* no me había gustado demasiado, pero de todas formas le hablé del libro, porque al menos lo recordaba. Y ya está. Él leía mucho y me habló de algún libro que había leído hacía poco, y de nuevo de ese Stevenson que tanto le gustaba a su padre. Yo le miraba las manos finas. Gesticulaba bastante más que Pere, Pere parecía tener las manazas de plomo. En realidad, me sorprendí pensando que aquel hombre era demasiado afeminado, demasiado delicado: la manera en que removía el café después de echarle con cuidado la sacarina, el dedo meñique en alto, esos gestos tan pulcros cuando describía la chimenea nueva que se había hecho construir en Lio. Le veía el afeitado reciente, la camisa bien planchada, olía su colonia buena, me lo imaginaba dando sorbos a una infusión en vez de una cerveza…, y todo el asunto tenía un aire muy pretencioso. Pero, al mismo tiempo, ese refinamiento me atraía. Por supuesto que él no iba nunca a buscar pollos al ast, pensé con ironía, por supuesto que nada más entrar en la tienda ya se habría sentido sucio y habría ido directo a la tintorería para que le lavaran la americana: Sobre todo que no le quede ese olor tan fuerte a pollo, por favor. Aquella fineza me irritaba, también, porque me hacía sentir tosca y poco femenina, pero después le miraba los ojos oscuros, expresivos y con un aire de picardía, y parecía que me dijeran Pues no, chica, tú me gustas así. ¡Imaginaciones mías! Y él venga a hablar, mientras yo añadía algún comentario tímido e intentaba no mirarle las manos o los ojos con demasiada insistencia, hasta que en un momento dado sonó su móvil, un mensaje, vio la hora, ¡Pero si solo faltan diez minutos para las siete y media!, teníamos que ir tirando, nos levantamos, quiso invitar él, Déjame ser caballeroso, que mi ex no lo quería nunca, y sacó un billete de la cartera con esas manos pequeñas. De pronto ya no me parecían tan afeminadas, ahora me parecían elegantes; me pregunté cómo debían de ser cuando tocaban a una mujer. Otras manos, otro olor; otra vida: no me la podía ni imaginar. Pero mientras volvíamos juntos a la iglesia intentaba imaginármela de todas formas, esas mañanas de

niebla entre las terneras pirenaicas con la niña, las tardes en la biblioteca, aquel aroma dulce de los libros antiguos, la infusión en la mesita, la tranquilidad de vivir sin angustias a fin de mes, nada de contar cuántos sábados podía cenar fuera, nada de apartarse de la recepción de un hotel para decidir cuántas noches podía dormir en él. Debía de ser agradable. Se le veía en la cara, en realidad, y en la actitud: la expresión amable y ligeramente burlona, una seguridad cortés, una desenvoltura en el trato que ni Pere ni yo habíamos tenido nunca. Mientras Mariona intentaba esconderse las greñas erizadas detrás de las orejas y me contaba anécdotas de su primer día de catequesis, yo pensaba en ese hombre —Eudald: incluso su nombre tenía un aire elegante— y lo comparaba con Pere, lo comparaba también con Ramon, dos seductores de escuelas y mundos distintos, y quedaba claro quién destacaba en cuanto a distinción y gentileza, pero ¿y lo demás, tonta, y lo demás? A juzgar por lo que sabes de él, este tío podría ser un déspota, un manipulador, un mal marido y un mal padre… ¿Es que no quedaba claro que había sido mal marido si su mujer lo había dejado? No, había sido culpa de ella, que era una «adicta al trabajo». Me la imaginaba estilizada y bien vestida como él, con las mejillas hundidas por el estrés de una carrera absorbente, tacones y maletín, la manicura siempre impecable, qué diferencia, Dios mío, ella y yo, si nos pusieran juntas, yo con la cofia y la bata blancas, las mejillas rojas y llenas, sudada y ojerosa, y esa con los tacones y los gestos delicados como los de su exmarido, seguro que pesaba quince kilos menos que yo. ¿Por qué me había abandonado tanto? No era por infelicidad en absoluto. No me consideraba infeliz. En realidad, cuando Laia había cumplido los dos años y había empezado a dormir seguido por las noches, ambos nos habíamos relajado, poco a poco habíamos recuperado una intimidad plácida, algunas noches románticas con las piezas que quedaban de la lencería comprada durante aquella crisis de celos de tantos años atrás, ya estaba vieja, pero todavía nos excitaba. No era infeliz, no, y eso seguramente significaba que era feliz. ¿Verdad? Si alguien me hubiera preguntado con un interés auténtico cómo estaba, no habría tenido ningún motivo para no decir Estoy bien. Estaba bien: las niñas crecían y en la escuela tiraban adelante, tenían un montón de amigas cada una; la tienda había sobrevivido a la crisis, habíamos pasado momentos de mucho miedo, sobre todo después de comprarnos el piso, pero ahora prosperaba, y me satisfacía trabajar con mi marido en algo que al final habíamos aprendido a hacer bien; también me satisfacía acurrucarme a su lado en el sofá cuando las crías ya estaban acostadas, no hacíamos nada excepcional, veíamos la tele, nos acabábamos el vino, de vez en cuando nos decíamos algo, estábamos cansados. Algún sábado salíamos a cenar, con las pequeñas o solos; en

agosto, mi suegra nos invitaba al menos una semana al apartamento sin haber invitado a ningún otro pariente, la semana siguiente nos íbamos a un hostal de algún otro pueblecito de la costa y volvíamos morenos y descansados, y todo eso estaba bien. Vivir quería decir eso, ¿no? Vivir quería decir «estar bien». ¿Y la gente que vivía vidas extraordinarias? Eran esos que salían a veces en la última parte del telediario, los que se iban de vacaciones a la India y quedaban tan conmovidos que volvían al cabo de un mes y montaban un orfanato allí, el adolescente parapléjico que daba la vuelta al mundo él solo y regresaba convertido en un hombre, familias que vivían en un velero y se despertaban todas las semanas en un puerto distinto, siempre morenos, siempre descansados… Sí, por supuesto que había personas extraordinarias, pero no vivían en la periferia de Barcelona, o al menos nosotros no sabíamos nada de ellas: nuestra existencia era tranquila y uniforme, como la de los vecinos, los clientes, los familiares, los otros padres y madres de la escuela. Intuía que la vida de Eudald no era tan extraordinaria como aquellas, pero me parecía innegable que quedaba bastante por encima de la mía. Yo tenía a las niñas y a mi marido, la tienda y un piso que algún día sería nuestro, mi salud y la de todos mis seres queridos; él tenía a su hija, salud, riqueza, cultura, libertad, más inquietudes que yo, sobre todo más posibilidades. Sí, esa era la diferencia más importante, las posibilidades, las alternativas, todas esas puertas todavía abiertas. Ahora Mariona tiraba de mi brazo y me preguntaba si comeríamos croquetas de nuevo: Ya las comimos ayer, hoy no toca; pero ella debía de saber tan bien como yo que en la nevera había medio táper lleno, e insistió en que quería croquetas, Tres noches seguidas no pasa nada, lo dijo papá. Papá y las croquetas, papá y las camisetas de Metallica que ahora le apretaban en la barriga y los hombros: no era yo la única que se había dejado ir. De pronto me irritó la idea de llegar a casa y encontrármelo con una de esas camisetas (las que tenían más agujeros ya no las tiraba, eran para estar por casa hasta que se estropeaban del todo) y una cerveza en la mano, mirando esa estúpida serie de médiums. Me irritó que para cenar tuviéramos que volver a comer croquetas y que, si se me hubiera ocurrido proponer una ensalada en vez de ensaladilla, el mal humor habría sido general, y que después de cenar no me fueran a hablar de aquel Stevenson ni de las ermitas de montaña, los quebrantahuesos ahí arriba, caballos que corren libres, flores silvestres que solo se encuentran en los Pirineos; no, nos arrellanaríamos mudos en el sofá y punto, a ver la mierda de serie de los investigadores, sangre y violencia, vidas extraordinarias solo por la brutalidad o las obsesiones, los que no eran adictos al trabajo eran urbanitas salvajes, mentirosos compulsivos, sicópatas, asesinas histéricas, una colección variopinta de monstruos humanos, todo

presentado a un ritmo trepidante y diez minutos de anuncios antes de los treinta segundos del desenlace, por Dios, ¡qué lata! Pero ¿no decías hace un momento que estabas bien? Estar bien está bien cuando no has pensado que podrías estar mejor, que quizá te has conformado demasiado pronto y con demasiado poco. Estar bien es una cuestión de perspectiva: cuanto más estrecho de miras eres, mejor estás, supongo. Entretanto, habíamos llegado a casa, abrí la puerta mientras Mariona daba vueltas haciendo no sé qué pasos de baile, enseguida salió disparada escaleras arriba. El portal olía a humedad como siempre, el presidente no podía hacer el esfuerzo de llamar a un lampista para ver si perdía algún contador, ya no se lo diría más, estaba cansada de ser la plasta del bloque, en el segundo había ese tramo de pared negra y desconchada que había quedado así después de una mudanza y que no parecía molestar a nadie más que a mí, las ventanas sucias porque la de la limpieza decía que no tenía tiempo de hacerlas en una hora, que le pagaran más… ¡Mediocridad, en resumen, fealdad! No era extraño que la gente que vivía rodeada de cosas mediocres y feas acabara siendo mediocre y fea; no era extraño que la gente que solo usaba la cabeza para pensar en pollos y pérdidas y ganancias acabara atrofiada, grosera, atontada… ¡Y yo, que tenía que hacer tantas cosas…! Yo, que quería presentarme a la selectividad, estudiar una carrera, pero en el último momento, en el último momento…, pollos y ya está. Ya podía olerlos: él debía de haber empezado a freír las croquetas. ¿Por qué tan temprano? Yo todavía tenía que ducharme; otras veces que llegaba tarde me sentaba a la mesa aún sudada y sucia, pero hoy me negaba a hacerlo. Él dijo hola desde la cocina, yo fui hacia allí decidida a echarle la bronca por el tema de las croquetas, él se asomó por la puerta para darme un beso y me dieron ganas de apartarme: esa camiseta espantosa llena de agujeros, los pantalones de chándal con manchas de aceite que no se iban, sin delantal, claro, y con las chanclas de piscina, si al menos se apuntase a la del barrio y fuera a nadar un rato, pero no. Se le veían los dedos de los pies velludos y pálidos, tenía la manía exasperante de sacarlos más allá del borde de las chanclas, como espárragos que sobresalen de la lata, lo hacía siempre, pero esa noche me asqueó todavía más, y de repente me subió un buche de rabia sorda, me lo tragué porque sabía que él no tenía la culpa, o quizá un poco sí, dije que me ducharía en un momento antes de cenar. Es una escena idílica, ¿verdad?, la mesa puesta, el padre y la madre y las dos hijas, todos sentados comiendo juntos. Lo que pasa es que la conversación puede que no sea muy interesante, porque se habla todos los días de las mismas cosas, con el ruido de la tele de fondo, el pan de la víspera ya no está tierno y se comen croquetas por tercera vez consecutiva. Mariona dijo espontáneamente que estaban buenísimas y añadió un

gracias, eso de dar las gracias por la comida debía de ser una lección de la catequesis. Yo estaba ahí sentada, ante mi marido, entre las niñas, y las veía sanas y despiertas, las caras redondeadas como la mía y el pelo oscuro como el de él, cada una con sus manías y sus tics: Laia, que arrugaba la nariz antes de reír; Mariona, que había cogido el hábito de enroscarse un mechón de pelo en el dedo mientras hablaba, seguro que lo había copiado de alguna de sus amigas, como todo lo demás: el chándal rosa chillón, aquellas pulseras con las bolitas coleccionables que costaban un riñón, el pelo largo que llevaba siempre recogido en una coleta alta, como la de Janne ese día en L'Estartit, pero oscura y erizada, se la tocaba demasiado y se deshacía los rizos, en cuanto corría un poco se le levantaban todas esas greñas a los lados, por Navidad quería que le regaláramos una plancha, por favor por favor por favor, apenas hacía un año que sabía quién eran los Reyes y ya quería plancharse el pelo, depilarse las cejas, ponerse esmalte de uñas, la respuesta era siempre la misma: paciencia. Las uñas te las pintas los fines de semana, de quitarte unos pelos y plancharte otros ya hablaremos más adelante. Cuando volvió a sacar el tema de la plancha hacia los postres me dio un ataque de mal humor, Ya hemos hablado de la maldita plancha, eres una niña y todavía no tienes edad de chamuscarte el pelo, tendrás años y años para hacerlo. Pere me miró un poco extrañado, hacía apenas diez minutos que la niña me había dado las gracias por las croquetas buenísimas, pero yo estaba crispada, qué le vamos a hacer. Me acordé de la hija de Eudald, me había fijado en ella cuando había salido con Mariona de la nube de niños y habían venido las dos hacia nosotros, no parecía que se hubieran hecho amigas, se miraban con desconfianza, como si aún no hubieran hablado. Flávia era alta y delgada como una espiga y tenía un rostro ovalado y bonito, los ojos de color miel, el pelo liso y brillante. Caminaba muy derecha en el uniforme granate y azul marino de su escuela, con un deje de altivez en la mirada, quizá se trataba del mismo aire de seguridad del padre pero en versión infantil, sin refinar. Nos había dicho adiós sin sonreír y se había dado la vuelta tomando a su padre del brazo como si quisiera llevárselo lo más pronto posible, el padre sí, él había sonreído mientras me despedía con la otra mano. Pensé en Flávia y en cómo sería de mayor, me dije que el aplomo y el saber estar son cosas que si no se aprenden de pequeño ya no se aprenden nunca del todo. Mariona era buena chica, pero se dejaba influenciar demasiado, no sabía lo que quería, quería lo que querían las amigas, se vestía como ellas o al menos intentaba emularlas con los sucedáneos baratos que su abuela le encontraba en el mercado, hablaba el catalán afectado de esas niñas de padres funcionarios, con los barbarismos típicos y un acento cada vez más castellanizado que en casa no había oído nunca.

Perdía mucho tiempo con aquellas extraescolares de baile, funky, hip-hop, cosas importadas que bailaban por la tele negros con cadenas de oro y mozas con unos glúteos que parecían de acero, la cámara se los enfocaba con una proximidad impúdica, pero parecía que yo era la única que lo encontraba excesivo; y primero tocaba el festival de Navidad, después la coreografía nueva, y los deberes quedaban para última hora y siempre se hacían corriendo, aunque sus notas eran bastante buenas. ¿Y Laia? Laia era un culo de mal asiento, y últimamente la escuela le costaba un poco. A lo mejor en una privada como la de Flávia habrían podido enderezarla, habrían conseguido que espabilara, que no se dejara un día sí y otro también los libros en casa. Pere estaba entusiasmado porque había visto que le interesaba la música, le enseñaba a tocar el bajo, ese bajo que había tenido enterrado en el fondo de un armario durante más de una década. La cría tiene aptitudes, decía, y los fines de semana le ponía discos, quería exponerla a tanta música como fuera posible, cuanto antes mejor, había que estimularle la sensibilidad. Yo no sabía si tenía tanta, la verdad. Veía que le gustaba hacer el loco con las canciones de Deep Purple, que corría por casa con dos dedos arriba como si fueran cuernos de demonio imitando a Angus Young, que esa cancioncilla de aire antiguo de Jethro Tull le encantaba porque tenía un gruñido de cerdo hacia el final, cuando el flautista cogía aire, la primera vez que lo había oído se había desternillado, la había puesto cuatro veces mientras yo pasaba la aspiradora y ella me molestaba corriendo del tocadiscos al sofá, tenía esa risa franca y abandonada de su padre que se contagiaba, pero aquella noche, cuando me pidió si podía poner la canción del cerdo, me pareció que sería demasiado y que estallaría: ¿es que se oía alguna vez a flautistas haciendo ruidos de cerdo en la casa de Lio? No, se oían en mi casa, con la peste de las croquetas de pollo por todas partes, porque no había manera de que ese hombre encendiera el extractor para cocinar. Laia se apresuró a levantarse cogiendo un par de platos antes de ir al tocadiscos, porque la mesa tenían que quitarla ellas, su padre me había mirado de reojo y le había dado permiso para poner el cerdo, Solo una vez, que ya es tarde, y yo ya no sabía qué me sacaba más de quicio: tener que oír el cerdo por enésima vez, Pere que se hurgaba las muelas con la boca muy abierta porque, decía, se le había quedado un huesecillo atascado, Mariona que se enroscaba sin parar un mechón erizado en el dedo, canturreando con ese acento afectado *lu draif mi creeeissi, uoooo uoo-ho-hoo-uo, o* el estruendo que vino de la cocina, Laia con los dedos siempre grasientos, la prisa por poner el cerdo: me mordí el labio al darme cuenta de que uno de los platos que se había llevado era el de las cenefas, donde estaba la ensaladilla, el único plato bonito que nos quedaba, los otros eran de la colección del periódico y ya estaban muy

despintados. No me levanté, porque de haberlo hecho le hubiera dado una bofetada, y en el fondo no tenía ganas de hacerlo, ella apareció con cara de compunción y Mariona me miró para ver qué haría, ella sí que hubiera querido ver el cachete. Su padre le gritó con desgana ¿Por qué no vas con cuidado cuando llevas platos? No, deja, que encima te vas a cortar, ¡vete para allá! Laia interpretó el «para allá» como «sigilosamente al tocadiscos», todavía estaba puesto el de Jethro Tull, titubeó un momento y desenrolló el cable de los auriculares, los enchufó y se los puso, en condiciones normales prefería que lo oyéramos todos, el cerdo, pero ahora sabía que habría sido imprudente. Al final me levanté, empecé a recoger vasos y cubiertos, pero el asqueo me superó, para que él me oyera desde la cocina dije en voz alta que tenía dolor de cabeza, el cerebro me zumbaba de tal forma que no era del todo mentira, Iré a echarme un rato, añadí, y de camino al pasillo lo vi agachado en la cocina recogiendo trozos de plato mientras Mariona enjuagaba los otros y cantaba el condenado funky. Cerré la puerta del dormitorio. Laia había desenchufado los auriculares y empecé a oír la flauta, la melodía que se animaba, al cabo de pocos minutos llegó el esperadísimo cerdo, las carcajadas incontenibles de Laia, aquella noche no se me contagiaron, aquella noche pensé que tenía dos hijas bobas y me pregunté cómo serían unos años más tarde, si la ESO en el instituto del barrio las estropearía del todo, si mariposearían en las discotecas y los conciertos hasta que se casaran y empezaran a vender pollos, quizá habría sido mejor criarlas con un poco más de disciplina, invertir en una buena escuela, insistir más en los deberes a pesar de las quejas, a pesar de esa pereza que me recordaba tanto la mía, en el fondo lo sabía, que todo era pereza cuando decía que la selectividad a lo mejor la haría al año siguiente, que ahora quería viajar. Al final había ido a Mallorca y a Cadaqués y al sur de Francia, después necesitaba dinero y había buscado trabajo, después la boda, después los pollos, y aquí me había quedado. Pere tardó un poco en venir al dormitorio porque había tenido que lavar los platos que normalmente lavaba yo. ¿Qué te pasa, hoy? Nada, le dije, nada. Podría haber dicho Tú, ellas, el piso, todo, esta vida mediocre, los días siempre iguales en Casa Pollo, esta familia que no me satisface, esta amargura que siento, hoy que fantaseo con otros hombres y otros hijos, las familias alternativas que podía haber tenido. Se sentó a mi lado en la cama, me pasó un brazo por el hombro, me dio un beso muy suave en la sien, yo me quedé quieta, esa dulzura me irritaba, no me distraía de la mezquindad general, pensaba en los besos del otro, el amor del otro, la vida con el otro: ¿cómo habrían podido ser?, ¿cómo podrían ser? Mi marido me preguntó si había pasado algo esa tarde. Nada, repetí con obstinación. Y entonces le dije como de pasada En realidad, ha estado bien,

durante el rato de la catequesis hemos ido a la plaza, había más madres, me parece que echo de menos un poco de vida social. O sea, «hemos ido a la plaza» quería decir que habíamos ido Eudald y yo, aunque «Eudald y yo» quedara implícito; en la plaza «había más madres», aunque no estuvieran sentadas en nuestra mesa; y que echaba de menos un poco de vida social era la cosa más cierta que había dicho en mucho tiempo. No había dicho ninguna mentira. Él me besó de nuevo en la sien y yo me esforcé por no rechazarlo, pero cavilaba. Al final le dije A ver si hay suerte y la semana que viene repetimos, y él, A ver, a lo mejor sí que te iría bien charlar con amigas de vez en cuando; y me abrazó, ahora también con el otro brazo, y eso ya podía significar otra cosa, un deseo que me molestaba, entonces sí que me aparté, Las niñas todavía no duermen. No, ya lo sé, si no quería nada, ya veo que de todas formas no te apetece; se levantó y se fue hacia la puerta, Me parece que quieres estar sola, voy a ver el *CSI*. Y me dejó sola con mis fantasías. No me sentía mal por haberlo rechazado, no me apetecía para nada hacer el amor con él, tenía que adelgazar, tenía que buscarme con un poco más de maña, dos besitos y ya se pensaba que caería extasiada a sus pies, con esos dedos velludos que le salían de las chanclas. Hundí la cara en la almohada, no quería llorar, no, era solo esa amargura de mujer envidiosa e insatisfecha, las imágenes recurrentes, el hombre refinado que toma leche de soja y sacarina, la vida plácida de la opulencia, unas ganas irresistibles de que volviera a ser martes. ¿Hace falta que lo diga, que la semana se me pasó volando, que estaba distraída y ansiosa y que solo una vez, para que no protestara, dejé que mi marido me hiciera el amor? El martes por la tarde, cuando tomamos el callejón de la plaza, Mariona no preguntó por qué la acompañaba de nuevo cuando había dicho que no lo haría, era dulce y tímida como su padre, le pareció bien. A él no me había atrevido a ponerle una excusa para marcharme antes de la tienda e ir a casa a ducharme, pero me había pasado más tiempo lavándome, me había maquillado un poco y me había puesto perfume. ¿Voy decente?, le había dicho antes de salir, No quiero que esta gente note el olor a pollo, y otra vez había pensado que decir «esta gente» en vez de «Eudald» no era técnicamente una mentira. Vas muy decente, estás muy guapa; pero al decirme adiós torció la boca. Había empezado a limpiar las encimeras y ya no me miró más, y yo me fui, aliviada, hacia la escuela. Ya en la calle de la iglesia con Mariona, me di cuenta de que me sentiría muy estúpida si al final ese día Eudald no acompañaba a Flávia, pero en cuanto entramos en el patio lo vi venir por el otro extremo de la calle con la hija del brazo, sonreía, me saludaba con la mano, y el corazón se me aceleró, Qué locura, es la segunda vez que ves a este tío, eres boba como una adolescente. Mariona me dio un beso y se fue con sus amigas sin notar

que me temblaba la voz, Flávia pasó por mi lado sin mirarme, con ese andar suyo derecho y altivo, en el último momento vi que me miraba de reojo, se juntó con los otros crios y se quedó de espaldas hablando con una niña alta como ella. Su padre me tocó el brazo un instante, Tú también has venido otra vez, me alegro, si te apetece me gustaría volver a la placita, Sí, yo también tengo ganas de ir; y dejamos a las niñas en el patio, el párroco ya llegaba. Y eché a andar con él, oloroso y bien afeitado, camisa, téjanos y americana, hacia la plaza llena de madres, se me ocurrió que nos podía ver alguien, que la curiosidad podía empujar a Pere a dar un rodeo para ir a casa, decidí que no pasaría y que, si pasaba, en fin, Hoy solo ha venido Eudald, el padre de Flávia; íbamos a tomar un café y ya está, no hacíamos nada malo. «Nada malo» no sé si habría sido la mejor manera de describir esas sonrisas, mis ojos bajos cuando los suyos se volvían demasiado insistentes, esas manos que tocaban las cucharillas o hacían girar las tazas, inquietas, tan cerca la una de la otra, buscando el roce accidental, al final se tocaron, temí que él se envalentonara y escondí la mía en el regazo, él me miraba, y de pronto me dijo ¿Sabes que me gusta mucho estar contigo? Yo sonreí, agaché de nuevo la cabeza, de repente era una jovencita tímida, ¿dónde estaba la mujer arisca ahora? A mí también me gusta estar contigo, dije en voz baja. Por suerte, era la hora de ir a buscar a las crías, subiendo volvimos a rozarnos por accidente las manos, los niños ya estaban fuera y nos separamos un poco, Adiós, Adiós, hasta el martes; una última sonrisa, nos dimos la vuelta para mirar atrás primero él, después yo. De camino a casa con Mariona sabía que esa noche tocaba comer el pollo al ast que quedaba de ayer con ensaladilla, pero me daba igual. Ahora prestaba atención a todas las explicaciones de la niña, que si la parábola de los panes y los peces, que si el credo para la semana que viene, era largo, el credo, ¿yo me lo sabía? Le contestaba con voz dulce, hoy era capaz de hacerlo; aquella hija mía también era bonita, aunque no fuera tan alta ni caminase tan derecha como Flávia, era más afectuosa, era más alegre, quizá cuando fuera mayor la tendría cerca, nos querríamos, me confiaría sus tribulaciones sentimentales. Pasamos por la plaza de nuevo. Del callejón venía aquella luz tan amarilla del atardecer, ahora nos la encontraríamos de frente, ya no veíamos nada, solo un resplandor dorado, las sombras de los pasantes, las siluetas de los árboles menudos, aquella hija mía no solamente cantaba estúpidas letras de funky, ahora recitaba el credo en un catalán bastante decente, debía de ser la influencia del párroco, que era del barrio de Gràcia, Creo en Dios Padre todopoderoso, al llegar a «padeció bajo el poder de Poncio Pilato» se atascó, la ayudé un poco mientras esquivábamos a un viejecito que golpeaba el suelo con un bastón y veía aún menos que nosotras, Subió a los cielos, Ah sí sí sí, y

está sentado a la derecha de Dios Padre Todopoderoso, y desde allí ha de venir a juzgar a vivos y muertos. Ahora la última parte, ánimo, y la niña hacía memoria y continuaba, me estrechaba la mano con su mano sudada. Salimos del baño de sol, nos hacían chiribitas los ojos y todo era azul, pensé que podía entrar en la charcutería a comprar jamón,

aprovechando que no había cola, Mariona se atascó en la frase que yo me saltaba siempre, antes y después de la primera comunión, se necesitaba demasiada fe para creer en la resurrección de la carne en esta época de medicina avanzada, adulterios fáciles, una moral que es como la fibra óptica, con un poco de maña se dobla y se hace pasar por donde haga falta, el deseo se impone y todo el mundo finge ser tolerante porque todo el mundo quiere hacer lo mismo, egoísmo puro, Pero no te fustigues ahora, que aún no has hecho nada malo, ¿Por qué me parece, entonces, que voy a comprar ciento cincuenta gramos de ibérico para hacerme perdonar algo? Mariona me siguió dentro de la tienda, de repente nos envolvió el aire acondicionado y un aroma delicioso, la niña soltó un mmm de placer y entonces se acordó,… la resurrección de la carne y la vida eterna, amén. Esa noche, y los días siguientes en la tienda, y las noches siguientes en casa, no me enfadaba por nada, no gritaba en absoluto, me entendía con todo el mundo, cedía siempre: era la madraza que había visto Ramon ese día de verano, la dependienta amable, la mujer plácida y sensata. Y lo era porque ya no necesitaba que mi vida de cada día «funcionara», ni cerrar los ojos por la noche pensando que todos esos esfuerzos al final valdrían la pena: ahora tenía la vida imaginaria, me alimentaba de eso, los recuerdos, las fantasías, la anticipación, vivía de martes a martes y lo que pasaba en el intervalo me daba igual; una noche, incluso, cuando mi marido me quiso, me dejé ir más o menos de buena gana, pensé solo un par de momentos en el otro, imaginando que en vez del cuerpo grande tocaba un cuerpo delgado que olía a cremas caras, después pensé que yo misma tenía que adelgazar, que quizá me comprara lencería nueva y la guardara en el fondo del cajón, luego tardé un poco en dormirme, él me dio las buenas noches y se quedó boca arriba, pronto lo oí roncar. El martes tuve que contener la emoción mientras cortaba pollos y los regaba con su jugo, me costaba devolver bien el cambio, me disculpaba por tener que pedir que me repitieran los encargos, no tuve hambre ni para terminar el bocadillo, la otra mitad se la comió él, la hizo bajar con coca-cola, calorías a tope, me disgustó que hablara con la boca llena, mirarlo y no sentir ni gota de deseo, verlo un poco triste y no tener ganas de consolarlo, de preguntarle con voz afectuosa ¿Qué te pasa?, podía más la alegría inquieta de la espera, me limité a darle un besito y recé para que viniera algún cliente, por suerte entró uno, y otro, y dos más, era una

de esas tardes de trabajo con cuentagotas. Al final llegó la hora de cerrar sin que hubiéramos tenido que decirnos gran cosa y yo me encerré en el baño, me lavé y me maquillé a conciencia, en el último momento me decidí a quitarme la ropa interior a toda prisa y a ponerme el conjunto bonito, ya bastante viejo, que llevaba en el bolso, como si Eudald fuera a desnudarme ahí mismo, en la plaza, ya sabía que no sería así, pero yo me sentiría más atractiva, qué caray, tenía ganas de ponérmelo, me eché unas cuantas gotas de Chanel n.° 5 en la nuca, en la parte interna de los codos y en las muñecas, salí del baño y Bueno, adiós, ya vendrá Laia sola, como el otro día, hasta la noche. Al llegar al patio de la iglesia vi a Flávia con la otra niña alta. Se mantenían un poco apartadas de los otros crios, y Eudald no estaba. Flávia me vio y me fulminó con la mirada antes de volverse de espaldas. Después del besito de Mariona me quedé unos minutos en el patio sin saber qué hacer, mariposeando como una tonta e intentando trabar conversación con las dos madres que aún venían a acompañar a sus hijos; al final, los niños se marcharon con el párroco y yo me fui por donde había venido, alicaída, en dirección a la plaza. Al llegar al primer cruce, apareció Eudald y di un respingo, a pesar de ser tan elegante y seguro de sí mismo, se escondía tras las esquinas, estaba un poco sonrojado, sonreía con aire culpable, Flávia no quería que la acompañara de ninguna manera, me tocó el brazo, Ya sabes cómo son los crios, pero yo me muero de ganas de tomar un café contigo. Pues hala, hacia la plaza, y ese día la conversación fue personal desde el primer momento, A Flávia no le ha gustado ninguna de las mujeres con las que he salido, me boicotea la vida de pareja sistemáticamente, claro que hasta ahora no las he escogido demasiado bien, lo reconozco. Nos sentamos a una mesa y de repente me preguntó por mi marido. ¿Cómo nos conocimos? Me escuchaba y me iba dando cuerda, los ojos ávidos, el destello de picardía como una incitación a que me confesara, quería saber si estábamos bien, claro, si hacíamos el amor, si lo quería, Son muchos años, dije al final, suspirando, y me sentí estúpida, porque sabía que no tenía por qué decir nada de todo eso, pero era como si no me pudiera estar callada, y hubiera querido decir Lo quiero, no porque sintiera que era cierto, sino para provocar los celos de ese hombre, qué vergüenza, Pues dilo, anda, lo quiero, pero no podía, veía esa mano fina cerca de la mía, intentaba atraerla con la mirada, Si quieres que te diga la verdad…, empecé, pero lo dejé ahí y callé, los ojos bajos, fijos en aquella mano, y su dedo meñique, el mismo que levantaba al acercarse la taza a los labios, se desplazó hacia el mío y lo acarició: primero me rozó el meñique y después el cuarto dedo, desde la base hasta las uñas, después puso toda su mano sobre mi mano y la estrechó un poco. Parecía más masculina la mía: la suya era delicada y blanca, y muy suave, la mía estaba casi tan

amarilla como la piel de los pollos, tenía una colección de cicatrices, el dorso reseco a pesar de las cremas. Mientras miraba confusa nuestras manos juntas, él dijo A mí me gustas mucho, Eva, creo que ya lo sabes. Yo no conseguía responder, no conseguía alzar los ojos, sentía un poco de espanto por aquel contacto y sobre todo por las palabras que había estado a punto de pronunciar un momento atrás, «no sé si lo quiero», y entre la euforia y el deseo empezó a abrirse paso una melancolía, un miedo, el anhelo contradictorio de que ese hombre me besara y de que fueran las siete y media, de volver a casa, debía de quedar todavía mucho rato, y me sorprendió notar un cosquilleo de impaciencia, el impulso de liberarme de esa mano delicada. Miré de reojo a un grupo de gente que pasaba cerca de nuestra mesa, después volví a mirar un segundo nuestras manos, él lo entendió enseguida y apartó la suya. Para distraerlo y hacer pasar el tiempo le pregunté ¿Y tu exmujer?, y él me habló largo y tendido de ella, con unos ojos expresivos, y de vez en cuando me acariciaba de nuevo los dedos con discreción. Yo apenas lo escuchaba a pesar de sostener una sonrisa comprensiva, habría querido apartar la mano, habría querido poner una excusa e irme, pero me quedé allí quieta y al final fue él, como siempre, quien miró el móvil y dijo Son casi y media, vamos, y nos pusimos de pie, insistí en pagar yo. Echamos a andar, y al atravesar la última calle lateral antes del cruce de la iglesia, vi que estaba desierta, él también lo vio y de pronto me cogió por un brazo y tiró de mí hasta la esquina en la que se había escondido hacía un rato, yo lo temía y lo esperaba a la vez. Me puso una mano en el cuello y me dio el beso, noté esos labios suaves, la piel todavía más suave, el olor a colonia y cremas buenas. Pero el deseo se había ido apagando, y ahora se me mezclaba con una especie de angustia mientras pensaba en aquel otro beso furtivo de Ramon en las escaleras del bloque de los suegros, pensaba que me había gustado más el otro, había sido más apasionado. Cuando llegamos al patio, los crios tardaron más de lo habitual. Nos quedamos allí de pie, juntos pero lo bastante separados para evitar cualquier contacto accidental, cualquier equívoco; de todos modos, un poco más allá estaban esas dos madres, que nos miraban de reojo, hasta que al final ya no pude esconder más mi desasosiego, la melancolía que me anudaba la garganta, lo miré y le dije sin rodeos La semana que viene ya no nos veremos, Eudald. Se quedó sorprendido, ¿Ah, no? No. Él no sabía qué decir, de repente estaba tan turbado como yo, y al cabo de un instante puso cara de niño enfurruñado. Como quieras. Pasaron dos minutos más largos que dos semanas y oímos a los niños. Flávia no me miraba, Eudald me miró con un deje de frialdad, Adiós, Adiós, Mariona venía un poco más atrás y cuando se acercó para darme un beso, me susurró al oído que esa niña, Flávia, era una presumida, Sí, tiene cara de serlo, le dije, y ella, disimulando

la curiosidad con un tono neutro, ¿Lo conoces de antes, a su padre? Le dije que no, No somos amigos, no, pero hemos hablado un poco y es simpático, y cambiando rápidamente de tema le pregunté qué habían hecho ese día, ¿habían memorizado otra oración? No, hoy tocaba la parábola de las bodas de Caná, el vino bueno para el final, los novios felices; al salir del patio ya no la escuchaba, la culpa me devoraba el cerebro, no sé cómo llegamos a la plaza, me guiaba ella, ahora venía el rayo de sol cegador, un momento y ya está, una semana más y a esa hora el callejón ya no tendría luz. Pero la semana que viene ya no te acompañaré, ¿vale, Mariona? Mira, mamá, hoy tampoco hay cola, ¿entramos? Entremos, sí, que hoy compraremos el mejor jamón, Póngame cuatrocientos, Con tarjeta, por favor; me guardé el paquete y la cartera en el bolso mientras caminábamos porque me moría de ganas de llegar a casa, el olor de las croquetas en la sartén, su cuerpo ancho de espaldas, la mesa puesta, nuestra casa. Durante la cena intenté interesarme por el festival de baile que tenía Mariona por Navidad, por Laia, que me decía que ya podía tocar seis acordes con el bajo; él estaba silencioso, me miraba poco y de reojo, o quizá me lo imaginaba yo, después se ofreció a lavar los platos a pesar de que me tocaba a mí, esta vez se puso el delantal, pero no se lo ató y le colgaba abierto por los lados. Habría querido ir hasta él, atárselo y abrazarlo, también me acordaba de aquel día de hacía tantos años, cuando mientras fregaba los platos yo le había bajado los pantalones, esa dulzura o esa furia no, ahora no podía hacer ni una cosa ni la otra, me habría puesto a llorar, él me habría preguntado por qué y se habría ido todo al garete. Lo esperé en el sofá con una impaciencia dolorosa, el pijama y la bata puestos, el *CSI* en la tele. Cuando acabó, me dijo que no quería ver nada, estaba muy cansado. Pues hala, a dormir. Se puso el pijama de pie ante la cama, yo me había echado en mi lado y lo miraba, él se sentó de espaldas a mí y de repente se quedó muy quieto. Me acerqué a él y ahora sí que lo abracé por detrás, un abrazo un poco receloso, apoyándole la barbilla en el hombro. ¿Estás bien? Él giró la cabeza, solo un poco. ¿Tú todavía me quieres, Eva? Yo empecé a temblar. Lo abracé muy fuerte y le dije que quería estar con él, y sabía que eso era cierto. Él no me pidió nada más, me cogió una mano, me la estrechó con su mano áspera y fuerte, llena de cicatrices como la mía. Con la mano libre le giré un poco más la cabeza y le busqué los labios entre la barba, no llegaba, Date la vuelta, anda, mírame. Le di un beso muy suave y empecé a desabrocharle la camisa del pijama que se acababa de poner. No sentía deseo, no, ni por él ni por el otro. Solo había el espanto, la melancolía más honda que antes, una ternura creciente. No me voy, decían mis caricias. Si te ha parecido que me alejaba, ya ves que ahora he vuelto.

# V

Cuando parece imposible que las cosas se compliquen todavía más, siempre pueden llamar una noche cualquiera a la puerta. Estábamos poniendo la mesa para cenar, hacía cuatro días que comíamos pollo al ast y un poco de samfaina, yo me acostaba con una sensación de pesadez cada día mayor, completamente agotada. Por suerte, Mariona ya iba y venía sola del instituto y la escuela de baile, Laia también iba y venía sola del instituto y la academia de inglés. Le costaba mucho el inglés; la mayor decía que a ella no le había costado nunca gracias a las canciones de funky y hip-hop que había aprendido todos esos años, y yo callaba, Si al menos hubieras aprendido las de Madonna que te cantaba cuando eras un bebé y llorabas por la noche, Madonna tenía un poco más de gracia que esos tíos con chándal y cadenas de oro, pero qué le vamos a hacer, puede que tengas razón. Salía de buena mañana y me iba a casa de mi madre: hacía una semana que la habían operado de la rodilla, no se podía mover demasiado, le preparaba la comida, le limpiaba la casa, ella lo había hecho por mí unos cuantos meses atrás, cuando yo me había pasado dos o tres semanas vomitando y mareada. Esa mañana habíamos salido un rato, ella con el bastón y cogiéndome del brazo. Era un día típico de principios de mayo, soleado y cálido. Nos habíamos sentado en un banco de la calle de la iglesia, mirando los jardines, las florecillas delicadas de jazmín azul como nubes de mariposas quietas, la buganvilla fucsia que asomaba por encima de las vallas. Era el día que yo empezaba la semana treinta y dos de embarazo: un solo error de cálculo en toda mi vida de mujer fértil y ¡pum!, otra niña, quince años después de la primera. Mariona y Laia estaban contentísimas, eso sí, y entre las dos decidieron, escogiendo entre los cuatro nombres que les habíamos propuesto, que se llamaría Cèlia. Yo había empezado a tener cuidado con la comida tan pronto como se me pasó el susto de la noticia, pero la rodilla de mi madre me había desorganizado los horarios y la dieta, y aquellos días era pollo y más pollo. Algunas noches Pere preparaba ensaladas, verdura al vapor, cosas así, y yo se lo agradecía. Él también había encajado que volvería a ser padre a los cuarenta con un poco de perplejidad, de vez en cuando se le veía inquieto, en general contento. La tienda nos iba bastante bien. Habíamos contratado a un ayudante,

un ecuatoriano joven que se llamaba Esteban, para que me fuera sustituyendo, ahora yo solo despachaba un rato a mediodía, al cabo de una o dos semanas lo dejaría del todo. Esteban era un muchacho inteligente, aunque timidísimo, y enseguida aprendió a hacerlo todo bien. Nosotros también lo haríamos bien, ¿no? Lo que habíamos hecho con dos hijas lo podríamos hacer de nuevo, ¿no? Aunque fuéramos más viejos. Y estábamos bien, estábamos realmente bien. Hacía mucho tiempo que no teníamos una pelea fuerte, nos reíamos juntos, nos habíamos aceptado mutuamente buena parte de las manías, ataques de mujer arisca y dedos fuera de las chanclas incluidos; la noche del error de cálculo había sido fogosa y teníamos noches como esa bastante a menudo. Con las cosas de las niñas íbamos a una. Esa misma noche, la de la llamada a la puerta, habíamos tenido un consejo extraordinario con Mariona. Un par de horas antes, cuando yo volvía de llevar un medicamento a mi madre, recordé que me había olvidado de comprar algo en la farmacia y tomé un callejón lateral para ir a la de la plaza. De lejos vi que en un rincón estaba Mariona, solía quedarse allí un rato después de las clases, merendaba con las amigas sentada en un banco. Ese día, sin embargo, no merendaban o ya lo habían hecho, en ese momento lo que hacían era bailar algún tipo de danza, y al ver qué tipo de danza era me paré de golpe. Llevaban las cuatro esos shorts-tanga que llevan ahora todas las chicas de los doce a los treinta y cinco sin escándalo aparente de nadie, yo le había comprado unos de un largo normal, de los que cubren el trasero y unos cuantos dedos de muslo, ella se había negado a ponérselos, Esta mierda parece el uniforme de un boy *scout*, ¿qué quieres, que se rían de mí? En Cataluña todavía había escoltes, pero ella hablaba de *boy scouts*, no decía que le gustara alguien, sino que con fulano había *feeling, ya* no vestía camisetas o blusas, ella solo tenía *tops,* y cambiar al castellano a media conversación con las amigas era el summum de todo lo que es guay. Al catalán afectado me había acostumbrado, pero a los shorts-tanga, no, de ninguna manera, Los llevaremos a acortar, si quieres, pero vendré contigo y decidiré hasta dónde, no te pienses que irás enseñando media nalga, y de ponerte esos sostenes de blonda que Sara dice que son tops ya te puedes olvidar. Y ya tenemos a la niña frustrada, Tú lo que quieres es que sea una monja, No, perdona, lo que no quiero es que mi hija se vista como una pelandusca, ¿Como una qué?, Como una prostituta, que las pobres ya son más modestas que vosotras. La había encontrado, pues, bailando con el grupito de los shorts-tanga en la plaza más concurrida del barrio, con los crios que ahora corrían de aquí para allá en patinete, las madres como siempre sentadas en los cafés, digo «bailar» pero tendría que decir otra cosa, porque aquello era otra cosa: era una especie de cópula teatralizada a ritmo de reguetón para diversión de los transeúntes, ahora me lo

haces tú, ahora te lo hago yo. Mariona no se quedaba corta para nada, tan tímida que era para según qué, lo meneaba todo y de qué forma, vaya derroche de dinero todas esas clases de funky y de hip-hop, si el resultado era ese, tan inocente y virginal que se la veía en las fotos de la primera comunión cinco años atrás, con ese vestido que parecía un pastel gigante de nata, como el de las amigas, porque al final la abuela había cedido y se lo había regalado ella, Pobrecita, solo se hace la primera comunión una vez en la vida. Noté que se me encendía la cara. Había empezado a dar la vuelta a la plaza para que ella no me viera cuando me fijé en dos madres sentadas en una terraza que sacudían la cabeza mirándolas, Tenéis razón, me dije, y qué caray, fui hacia allí, Mariona estaba tan concentrada en la coreografía que no me veía, las otras tampoco, me paré delante de ellas, saqué una voz áspera, dije sin gritar Me parece que ya es suficiente. Se enderezaron de un salto de aquellas posturas despatarradas, de repente todo eran caras de estupefacción y de inocencia, yo fulminé a mi hija con la mirada, Dentro de media hora en casa, y eché a andar de nuevo, muy erguida a pesar de la barriga grande y las piernas fatigadas, Ya lo hablaremos, me decía por el camino, ya lo hablaremos en casa. De regreso había pasado por delante de la tienda y me había encontrado con Pere y Esteban, que cerraban, Pere llevaba una bolsa en la mano. Hoy no es pollo, dijo al oír mi queja, han quedado butifarras, y encendió un cigarrillo. Nos despedimos de Esteban y mientras tirábamos hacia casa le conté lo de Mariona, el minifestival que había montado con sus amigas en la plaza, al principio sin darle demasiados detalles, después, al ver que él le quitaba importancia —Ya sabes que ahora todo el mundo menea el culo, en los videoclips, y esos shorts que tanto te horrorizan también los lleva todo el mundo—, le tuve que hablar más explícitamente del espectáculo, hasta que al final se sonrojó, Pues se trata de decirle que no lo repita, claro; pero estaba claro que no tenía ganas de hacerlo, esas cosas lo incomodaban, hubiera preferido que se lo dijera yo y ya está. Llegamos a casa y nos duchamos los dos. Sabíamos que Mariona tardaría más de la media hora dictada, siempre pasaba, y hoy, como sabía que le echarían la bronca, tardó aún más, casi una hora, y nada más llegar intentó escurrirse hacia su habitación. Yo estaba poniendo la mesa y él preparaba una ensalada, y ella tuvo que pasar por mi lado en dirección al pasillo, Espera un momento, ¿Qué?, Ven aquí, siéntate. No quería sentarse, se quedó de pie, Pere se entretenía en la cocina, se habría quedado cortando zanahoria con mucho gusto, tuve que llamarlo, Pere, y vino con una cara que parecía que la bronca se la tuvieran que echar a él, apartó una silla de la mesa y se sentó, suspiró, pasaron unos instantes. Primero, llegas tarde, empezó. Segundo, tu madre dice que estabas dando un espectáculo en la plaza, y Mariona,

las manos en la cintura, la mirada desafiante, Lo que hacíamos es un baile y se llama *twerking*, para tu información. Yo solté un bufido, Sí, ahora a cualquier idiotez se le pone un nombre inglés y ya es respetable, debemos tolerarlo y hasta admirarlo, me da igual si se llama *twerking o* el baile de las pelanduscas, que no se te ocurra volver a hacerlo, Qué manía con las pelanduscas esas, mamá, te digo que es un baile como cualquier otro, queremos proponer que lo incluyan en el festival de Navidad de la escuela, Santo cielo, esa obscenidad por Navidad en la escuela, ¿es que te falta un tornillo? Mariona contestaba, y su padre quiso zanjar el tema con un toque autoritario, de vez en cuando los sacaba de algún sitio y conseguía convencernos, No bailarás el *twerking* por Navidad, ni en el instituto ni en casa de la abuela, y si algún día te veo haciendo el numerito en público te quedarás un mes sin salir, y Mariona, ofendida en lo más hondo de su ser, la cortina de pelo planchado sobre la cara, ya se daba la vuelta para irse cuando de pronto se le ocurrió la réplica adecuada y miró de nuevo a su padre, ¡Eres un machista! ¡Ah, qué cara de espanto puso el pobre! Yo me tuve que aguantar la risa. Estaba sentada como una matriarca en medio del sofá, la barriga entre las piernas abiertas, las manos sobre los muslos. Hice un esfuerzo por mantener una expresión seria y dije No, es que si te vuelvo a ver yo, el castigo serán dos meses. Ella puso morros como una criatura, se dio la vuelta y desapareció, sabía que insistir sería inútil, el *twerking* lo bailaría en su habitación o no lo bailaría en ningún sitio. Y fue entonces que llamaron al timbre, no al de abajo sino al de la puerta de casa, y Pere y yo nos miramos sorprendidos, le eché una ojeada al reloj de pared de la cocina, las ocho y cinco, ¿quién caray podía ser? Pere se levantó y fue hacia la puerta arrastrando las chanclas. Desde el sofá yo no veía quién era, pero oí una vocecita de mujer que se disculpaba, ¿Eres Pere?, perdona, iba a llamar abajo, pero un vecino me ha dejado entrar, soy Lidia, la mujer de tu hermano. Ahora sí que me quedé de piedra, porque de esa «mujer de tu hermano» no sabíamos casi nada: Ramon estaba desaparecido, las relaciones con la suegra se habían enfriado y el año anterior solo nos habíamos visto por San Esteban, cuando ella se había limitado a decirnos que Ramon vivía con una mujer que había conocido «en un momento difícil». Más tarde Pere se había enterado de que la mujer era enfermera, y el momento difícil era un ingreso en una clínica de desintoxicación, pero no había querido indagar más. Nuestro contacto con él se había cortado hacía mucho; se nos había presentado una noche en casa, cinco o seis años atrás, diciendo que acababa de mudarse a Barcelona después de vivir una temporada en Londres, y se había quedado a cenar. Enseguida se había ido de la ciudad y ya no había dado más señales de vida. Entonces ya hacía tiempo que Janne y Lana habían regresado a

Alemania. Al principio la suegra recibía fotos de la niña, después dejó de recibirlas, al final reconoció que de Ramon tampoco sabía gran cosa. Y ahora, de repente, aquí teníamos a Lidia, la mujer conocida durante un momento difícil, esa mujer que, como vi cuando él la hizo pasar, no solo tenía una voz exigua sino que toda ella era exigua, delgada y blanca, discreta y asustadiza, se quedó en el centro del comedor sujetando el bolso sobre el vientre como si fuera un escudo y me saludó como si pensara que podía devorarla. Yo me levanté con un poco de esfuerzo del sofá, me acerqué a ella y, por algún motivo, le tendí la mano en vez de darle dos besos, como había hecho Janne conmigo aquel día de verano en L'Estartit, estreché su mano fría, le dije que se sentara. Ella se había fijado en mi barriga y había puesto una cara de pánico que me intrigaba, entonces vio la mesa puesta, Oh, os pido disculpas; si vengo en mal momento… No, todavía no cenamos, tranquila, siéntate, ¿quieres tomar algo? Ella dijo que no, gracias, se oyó una carrera, Laia se asomó por la puerta del pasillo, Quedaos un rato en vuestras habitaciones, Laia, ella miró a la desconocida con curiosidad y desapareció de nuevo. Le indiqué a Lidia que se sentara en la butaca, y ella lo hizo con reticencia, como si tuviera miedo de ensuciarla, yo me dejé caer lentamente en el sofá, Pere volvió a sentarse en la silla, hacíamos un triángulo con la mesita baja en el centro. Ella mantenía las rodillas muy juntas, el bolso rígido en el regazo, las manos sobre el bolso, también muy juntas, la pose tiesa de nuestras abuelas cuando oían misa o se sentaban en el consultorio del médico. También el vestido y el peinado tenían un aspecto anticuado, y los labios pintados de un color rosa fuerte contrastaban con el rostro pálido y la timidez que emanaba toda su persona. De pronto empezó a hablar, primero de cuatro cosas inocuas, me preguntó cómo me encontraba, preguntó por la tienda, por las niñas. Pero se la veía nerviosa, esperando el momento de sacar el tema importante, hasta el punto que nos empezamos a poner nerviosos también nosotros. Por suerte, no tardó demasiado. Se aclaró la garganta y continuó, al principio con los ojos bajos. En fin, no os quiero hacer perder el tiempo… Tengo que hablaros de una cosa. Pasados unos momentos añadió, mirándonos a los dos, Venía a pediros que os penséis…, que meditéis si podríais hacer algo muy importante y muy altruista por Ramon. Y después, fijando la mirada en Pere, En realidad te lo pido, Pere, sin el permiso de Ramon, que no quería que viniera… Vuestra dirección me la ha dado tu madre. Le costaba avanzar, bajaba la mirada, pero yo ya lo tenía claro: pasta, pasta, no podía ser otra cosa. Pero entonces me acordé de lo de la clínica de desintoxicación, y una intuición me dijo que quizá no era pasta, sino una cosa mucho peor. Ramon tiene cáncer, anunció Lidia, se lo diagnosticaron hace tres meses. Un hepatocarcinoma, un tumor en el

hígado… Continuó exponiendo poco a poco esa petición terrible, que yo ya había adivinado y solo escuchaba a medias. La larga lista de espera para el trasplante, el rápido deterioro del último mes, el oncólogo, que le había planteado la posibilidad de que, mientras esperaba, pensase si tenía algún pariente o amigo lo bastante generoso para ser lo que se llamaba «un donante vivo de hígado». Lidia calló, me miró a mí, yo me había quedado paralizada y no debía de tener una expresión demasiado generosa, miró a Pere y bajó los ojos. Pere había fijado los suyos en Lidia desde que había oído la palabra «cáncer» y todavía no se los quitaba de encima, no parpadeaba, inmóvil, como si estuviera hipnotizado. Yo no dejaba de repetirme Ojalá hubiera sido pasta, ojalá hubiera sido pasta, pero no, lo que quiere esta es que abran en canal a mi marido y le saquen un trozo de hígado. Nos quedamos callados lo que pareció mucho rato, pero tal vez no pasó de un par de minutos. Yo también había bajado la vista mientras el cerebro me iba a cien por hora, una mano sobre el vientre, la otra por debajo, conteniéndolo. Volví a oír la vocecita, Soy perfectamente consciente de que os pido algo muy difícil, y sé que no me podéis responder ahora, que tenéis que pensároslo… Que es muy probable que me digáis que no…, y os aseguro que si es así lo entenderé. Intuí que me miraba, pero no me apetecía levantar los ojos. No sabía que esperabais otro hijo, esto complica todavía más las cosas, por supuesto. Oí la voz de Pere, ronca, baja, Sí, las complica…, pero me lo pensaré. Hablaremos del tema y te diremos algo. Decidáis lo que decidáis, os agradezco de corazón que queráis pensároslo. Oí que se levantaba, no quería volver a verle los ojos miedosos, el peinado anticuado, los labios rosa chillón, pero me levanté yo también, de repente mi cuerpo pesaba una barbaridad, las piernas me flaqueaban, me obligué a mirar a esa mujer menuda, a esa caníbal, Vete, vete de aquí, quería gritarle, No tenemos que pensarnos nada, no permitiré que él se lo piense, de ninguna manera; Pere le daba la mano, después ella tendió la suya hacia mí, durante unos segundos yo no pude moverme, al final extendí la mía y nos las estrechamos, una mano diminuta, fría, reptiliana, dedos pálidos y afilados como bisturís. Él la acompañó hasta la puerta, yo estuve a punto de dejarme caer en el sofá de nuevo, pero pensé que después ya no me levantaría, aparté mi silla de la mesa y me senté con lentitud. Pere vino y se sentó ante mí, nos miramos y nos vimos las caras de espanto. Y él, al ver la mía, endureció la suya, y fue la primera vez que le vi esa expresión que después le vería tan a menudo: la obstinación, el sentido del deber, un rastro de miedo, más obstinación. Todavía no habíamos hablado, pero me di cuenta de lo que pensaba y de la decisión que había tomado él solo, sin mí. No sabía cómo iría la conversación de después, pero preveía su desenlace: Mi hígado, mi hermano, mi decisión. Laia

interrumpió el largo momento de silencio apareciendo de nuevo en la puerta del pasillo, ¿Cenamos? Sí, ahora cenamos. Fue él quien se levantó, terminó de preparar la ensalada, pidió a Laia que fuera llevando lo que faltaba al comedor, después llamó a Mariona, que vino todavía de morros; como no le hacíamos caso, en algún momento dejó de ponerlos y empezó a comer. Nosotros dos no comimos gran cosa, y luego nos quedamos sentados a la mesa cuando ellas se hubieron ido a las habitaciones después de llevar su plato a la cocina y ya está, esa noche no insistimos en que recogieran. Pere estiró un brazo y me tocó la mano, intentaba sonreír, yo le cogí la mano, se la estreché, con ese apretón le decía No tienes por qué hacerlo, no lo hagas, y su sonrisa decía Ya lo sé, pero quiero hacerlo. Se levantó, empezó a quitar los platos, los quitamos entre los dos, pero se quedaron amontonados en el fregadero porque lo agarré de un brazo y me lo llevé al dormitorio. En mi mesilla de noche estaba el ordenador, nos sentamos en la cama con el portátil en su regazo, tecleamos *Trasplante hepático donante vivo* en el buscador, leimos un documento de la Generalitat sobre los trasplantes de donante vivo en Cataluña, investigamos más cosas en inglés, el buscador nos iba sugiriendo lo que queríamos saber: *living donor liver transplant procedure, living donor liver transplant risks, living donor liver transplant what yon have to know*. Leimos un documento largo y muy completo de un hospital estadounidense. Era extraño encontrar preguntas sobre el seguro y los gastos que podía tener que pagar el donante, como si no fueran suficientes los miedos y los riesgos inherentes a la cirugía («hay un cierto riesgo de complicaciones e incluso de muerte durante la operación a causa de la anestesia y de la misma cirugía», «Después de la operación, el lóbulo hepático que permanece en el donante puede fallar; en ese caso, el donante necesitaría un trasplante hepático de urgencia»), como si todo eso no fuera suficiente, aquellos donantes tenían que pensar también en el dinero. Nosotros no, y no hacía falta: bastó la frase «en ese caso, el donante necesitaría un trasplante hepático de urgencia» para que nos quedáramos paralizados. Leimos que las complicaciones graves eran infrecuentes, que la gran mayoría de donantes hacía vida normal tres meses después de la operación. Nos pasamos una hora entera investigando, leyendo los detalles de lo que tenía lugar en el quirófano, observando las inevitables fotos de abdómenes abiertos, hígados y vísceras varias, amarillo, marrón, rosa y rojo brillante, la piel replegada a los lados y arrugada como la de los pollos, puntos de sutura reabsorbibles, mallas para evitar eventraciones, Eventraciones, Dios mío, espero que no quiera decir lo que me parece que quiere decir, tubos que salían de la piel con líquidos misteriosos, cicatrices de palmo y medio en forma de estrella de tres puntas, Ajá, *incisión mercedes, es* por eso, lástima que no sea tan elegante como el coche.

Me miró otra vez con esa sonrisa, leí todavía más claramente en ella Mi hígado, mi hermano. Pere, esta decisión no es solo tuya, nos afecta a todos, piensa en tus hijas, y quería añadir No seas idiota, mira lo que acabamos de leer, «en ese caso, el donante necesitaría un trasplante hepático de urgencia», ¿quién demonios te salvaría a ti?, ¿quién te daría el lóbulo derecho de su hígado, «aproximadamente un sesenta por ciento de la masa total»? Ya lo sé, dijo él, pero es algo que debo hacer. ¡Egoísta, egoísta!, quería decirle, ¿Y tus hijas?, repetí, ¿Y tu mujer?, hubiera querido añadir. En el fondo, tanto como el miedo de quedarme viuda y con tres niñas huérfanas, lo que me hacía temblar la voz era el orgullo herido, Lo ha decidido él solo, sin mí, no me ha tenido en cuenta en absoluto. Dejó el ordenador en la cama, quiso abrazarme, yo lo apartaba, Anda, Eva, por favor, ¿no ves que el riesgo es muy bajo?, ¿no ves que sin esto mi hermano no saldrá adelante? A lo mejor sí que sale adelante, ¿es que no se hacen trasplantes cada día por todo el mundo sin que los hermanos de los enfermos se dejen arrancar los órganos? Quizá no haga falta, quizá ni siquiera pueda ser donante, ya lo veremos, y cogió de nuevo el ordenador, el rostro azul por la luz de la pantalla, concentrado, Mira, el año pasado en Cataluña se hicieron cinco, de donante vivo. Mira, un nueve por ciento de los donantes de estos últimos años eran hermanos del receptor. Anda, un tres por ciento eran amigos: amigos así hay muy pocos. Al cabo de unos momentos puso un vídeo, un hombre se presentaba en inglés, el doctor Fulanito de Tal, acento yanqui, del hospital no sé qué, empezó a describir *the procedure, step by step*, avisaba de imágenes explícitas grabadas en el quirófano, no aptas para personas sensibles, yo me levanté, no tenía ganas de verlas, Voy a decirles a las niñas que se vayan a la cama. Por una vez en la vida, ellas no remolonearon, me debieron de ver la cara de pánico, algo pasaba, era mejor no tensar la cuerda, esperé a que salieran del baño fregando los platos, después me encerré allí, en el espejo estaba mi viejo amigo el panda, angustiado, ojeroso, con la cara llena y redonda de todos los embarazos, ¿Qué hay que hacer, chica, qué hay que hacer? No tenía ni idea. Dormir, levantarme, desayunar, asegurarme de que las niñas desayunaran, ir a ver a mi madre, sudar y cortar pollos, ir a comprar, después parir, después criar a la niña; insistir en que al menos la operación fuera después del parto, pero, si Ramon estaba tan enfermo, ¿sería posible? Según habíamos leído, después de la cirugía Pere tendría que guardar reposo unas ocho semanas: ¿qué íbamos a hacer con la tienda? Teníamos a Esteban, pero ¿y los fines de semana? No podría estar el chico solo de ninguna manera, tendríamos que contratar a alguien más. ¿A quién? ¿Nos lo podíamos permitir? Volví a la habitación medio aturdida. Pere había dejado de ver el vídeo y lo encontré un poco removido. Le comencé a plantear todos los problemas, él me

mandó callar con un gesto de la mano y me dijo A ver, vayamos por partes. Esteban tenía un hermano que también buscaba trabajo. Durante dos o tres meses nos podíamos permitir tener dos empleados. Mi madre nos ayudaría un poco a pesar de la rodilla operada, ¿verdad? En el peor de los casos, echaremos mano de los ahorros, afirmó, nos alcanzan, sobre todo tienes que estar tranquila. Sí, figúrate si estaré tranquila, ¿y tú qué?, Yo tendré que estar en reposo, pero aquí dice que no hace falta tener una enfermera en casa ni nada de eso, nos tienen que informar bien de todo, Pero si ni siquiera sabes si podrás ser donante, Supongo que no tardaré mucho en saberlo. De momento no sabíamos nada de nada, fue una noche de especulaciones. Pensamos y hablamos mucho, nos planteamos todas las posibilidades que se nos ocurrían. Yo no me sacaba de la cabeza las peores. Cuando ya era muy tarde, a las tres y algo, nos abrazamos y yo me eché a llorar, Apaga la luz, ya basta de todo esto. Pasamos mucho rato así, yo sollozaba, él me acariciaba y callaba. Al final despuntó el alba sin que hubiéramos pegado ojo, se levantó él, después yo, fuimos al baño, la primera cosa que nos dijimos, en la cocina, con la voz ronca, ¿Preparo café?, Sí, por favor. La criatura me daba más pataditas que de costumbre, la noche insomne también debía de haberla afectado. Y así empezó el primero de todos aquellos días de angustia, con ese café en la mesa de la cocina y las tostadas con mermelada que nos costaba tragar. La angustia se mantuvo durante las cuatro semanas de visitas en el Hospital Clínic y un sinfín de cuestionarios, ecografías, TAC, entrevistas, ahora analíticas, después una biopsia, el día que le sacaron sangre por si la necesitaban durante la operación se mareó, yo no pude contenerme y le dije Te mareas por una aguja, imagina cuando te veas la cicatriz, y él, todavía medio grogui, un poco ofendido, Muchas gracias por el apoyo moral. A mí se me llenaron los ojos de lágrimas, Anda, mujer, no lo quería decir, Yo tampoco, pero esto cuesta mucho. Fueron días de altibajos y de nervios. Lo que yo quería era agarrarlo de un brazo, arrastrarlo fuera de ese maldito hospital, disuadirlo con mis súplicas, con caricias, con llanto, pero en el último momento algo me frenaba, era esa expresión decidida suya cuando los médicos nos hablaban de los riesgos de la cirugía, del dolor del posoperatorio, de aprender a administrar los analgésicos, de las curas de la cicatriz, ese coraje callado que no le había descubierto nunca nadie, el hombre tímido y un poco inseguro, afectuoso, honesto, uno de tantos hombres decentes, sin heroísmo, hasta que una noche aparecía una mujercita de voz débil, le pedía medio hígado y él sacaba pecho y decía Por supuesto, mujer, te lo daré, es mi deber, mi hermano. Una tarde fuimos a verlo. Vivía con Lidia en el barrio de Camp de l'Arpa, en un ático luminoso. Esa semana había estado muy cansado y hacía largas siestas en el sofá del estudio, nos dijo Lidia

indicándonos una puerta al fondo del pasillo, y las náuseas frecuentes lo habían dejado sin apetito. Cuando entramos en el estudio, estaba incorporado en el sofá con cara de acabar de despertarse. Tenía un tono de piel extraño, no era el amarillo de los pollos sino una especie de ocre ceniciento, y los labios, sonrientes al vernos, los tenía grises. De joven era ágil y delgado como un gato, pero yo no lo había visto nunca tan seco como ahora. Madraza, me dijo, al final no te di nunca esa foto, ¿Cuál?, él cogió un sobre que tenía en la mesita junto al sofá, entre frascos de medicinas y botellas de agua. Lo abrí, dentro había dos copias de la misma imagen: la terraza de L'Estartit, yo en el centro y Lana y Mariona a los lados, Laia en mi regazo, todas esas barbies, el vestido hippie. Me vi joven y con una sonrisa forzada, pensé en los problemas insignificantes que me habían agobiado aquel día, la mala pasada de la suegra y tener que pagar cuatro noches de hotel, y se me humedecieron los ojos, esos días se me humedecían por cualquier cosa. Para disimular solté un tópico, la voz medio ahogada, ¡Cómo pasa el tiempo! Y después, Y Lana, ¿cómo está? Ramon señaló una foto enmarcada en el estante, una chiquilla rubia y sonriente con el pelo recogido en un moño y un maillot de lentejuelas, un trofeo en las manos, Hace patinaje artístico, se ve que es muy buena. Al lado de aquella foto había otra de un recién nacido, más vieja, en brazos de alguien, otro hijo nacido antes que Lana al que había perdido la pista enseguida. ¿Lo había llamado ahora? ¿Le había dicho Puede que tu padre no haya actuado nunca como tal, pero ahora está muy enfermo, querrías venir a verlo? Y a Lana, ¿la había llamado? Decidí que no, no lo había hecho, Ramon tejía y cortaba los vínculos con facilidad, pero no los rehacía nunca, tenían que ocuparse de ello los demás. El enfermo inclinó el cuerpo de lado sin levantarlo del respaldo, alargando el brazo por detrás de la mesita cogió una bolsa de plástico, se la dio a su hermano, dentro había dos discos, ¡Qué malnacido!, exclamó Pere, pensaba que los había perdido, Más vale tarde que nunca, dijo Ramon, y más bajito añadió Lidia ha preparado un poco de merienda, os quedaréis, ¿verdad? Justo entonces oí ruido en la cocina, Le echaré una mano, y los dejé solos. La cocina era estrecha y luminosa, limpia en extremo, con una hilera de tarros blancos en un anaquel sobre los fogones, Arroz, Pasta, Harina, parecían antiguos. Lidia había sacado de la nevera una fuente de cristal y con los dedos menudos apartaba con cuidado el film transparente que la cubría. Oh, has hecho tiramisú, tiene muy buena pinta; ella también sonreía, modesta, Espero que me haya salido bien. Yo era consciente de que el otro día me había despedido de ella con frialdad, que apenas la había mirado a la cara, incluso ahora sentía un rastro de resentimiento que era difícil de sofocar, pero había que hacerlo, era cuestión de ponerle voluntad, Seguro que estará buenísimo, y ella sonrió y me dio las

gracias, lo colocó todo en un par de bandejas, en una el tiramisú y los platos, en la otra la cafetera, las tazas y lo demás, y me dijo que podíamos llevarlo al estudio. Entró delante de mí, dejó su bandeja en el alféizar del ventanal, sacó una mesita plegable de detrás de la puerta y la situó en el centro, Déjala aquí, Eva, me dijo. De repente había dejado de comportarse como un pajarillo asustado y todo lo que hacía era rápido y preciso, ni una gota de café derramada, un rectángulo perfectamente simétrico de pastel en cada plato, una silla desplegada con agilidad y sin hacer nada de ruido, Vosotros sentaos en el sofá, que estaréis más cómodos: se había transformado en la enfermera que se concentra en su trabajo y se olvida de los demás, y solo cuando nos pasó los platos y nosotros le dimos las gracias, le volvió por un instante la timidez, sonrió con los labios pintados, ese rosa extraño y fuerte en el rostro pálido. El tiramisú estaba realmente buenísimo, nos lo comimos mirando los cuatro por el ventanal, el sol que bajaba, las azoteas y los tejados que se extendían como un tapiz irregular de cemento, arcilla, antenas, ropa tendida de colores vivos, más allá estaba la torre Agbar apagada y, todavía más allá, el mar, con unas cuantas nubes doradas al fondo. Era domingo por la tarde. También en la habitación de un enfermo tan enfermo que rechaza una cucharada de tiramisú se habla y se ríe, se toma un café delicioso, esa Lidia tenía cualidades insospechadas, se habla de la niña que tiene que nacer, Cèlia es un nombre bonito, resultaba que Lidia también tenía una hija que ya había cumplido los dieciséis años y se llamaba Irene, ese día había comido con su padre y después iba al cine con las amigas, de lo que no se hablaba era de hígados, eso no, a lo mejor habían hablado del tema cuando se quedaron ellos dos solos, de hígados que fallan y el cáncer que los devora, de las incisiones mercedes, tendrían ambos la misma, del rechazo que podía atacar el lóbulo sano de Pere dentro del cuerpo de Ramon, de la posible recidiva del cáncer en aquel hígado nuevo, de la necesidad de hacer vida sana, de que Pere hubiera rechazado la copita de licor con el café porque hacía una semana que no fumaba ni bebía, era un donante escrupuloso. Si hubiéramos hablado de todo eso, ya no habríamos podido reír o habría sido una risa forzada, la risa un poco histérica de los que temen a la muerte, mejor la nostalgia, los conciertos de hacía muchos años, el grupo, ¿Por qué caray no hicimos ese concierto en Tarragona al final?, No teníamos ni un duro, no podíamos pagar ni la furgoneta, ¿no te acuerdas?, Laia, que empezaba a tocar bien el bajo, la camiseta de Metallica desaparecida durante un traslado, Y después dices que el malnacido soy yo, al menos yo te he devuelto los discos, tú la camiseta la tiraste. Al final oímos la puerta de la calle, era Irene, poco después se asomó al estudio, nos saludó a todos con las mejillas enrojecidas, era todavía más delgada que su madre, blanca y bonita

como una figura de porcelana, desapareció, tenía miedo de estorbar, la última mirada tímida fue para Ramon, parecía que lo quería. Era la hora de irse. Estrechamos la mano de Ramon, yo le di dos besos y Pere y yo nos fuimos hacia el recibidor con Lidia, allí le dije que ya nos llamaríamos. Mientras nos dábamos los besos de despedida, los tres debíamos de pensar en el 5 de junio, el día que habían fijado los médicos para la cirugía. Faltaban dos semanas. Al cabo de cuatro semanas más, yo saldría de cuentas, poco antes o después vendría Cèlia al mundo. Quería saber que Pere estaría bien, que pasearía a la niña por el piso y le cantaría *Stairway to Heaven*, que Ramon nos telefonearía y me volvería a llamar madraza, que no lloraría nadie, ni Lidia ni Irene ni yo ni mis hijas, porque estaríamos todos, pero no podía tener ninguna certeza de ello, por supuesto. Y aquella noche lloraba bajito porque todo era tan incierto, y me decía que en un momento u otro la vida debía de ser así para todo el mundo. Y también es así para todo el mundo, supongo, que cuando se espera una cosa temible el tiempo vuela, hasta que de repente las agujas se detienen en lo más alto y es el mediodía del domingo 4 de junio. Estábamos él y yo solos. Rodeamos las fuentes de Montjuïc y empezamos a subir el primer tramo de escaleras, el museo enturbiado por la calima allí arriba, los árboles polvorientos a los lados. íbamos un poco distanciados porque esa mañana habíamos tenido el roce. Durante la noche de insomnio nos habíamos abrazado y nos habíamos separado muchas veces, también habíamos hablado mucho rato. Él me decía No te preocupes, te quiero; yo no le decía Te quiero porque me lo impedían el orgullo y el miedo, soy así de mezquina, yo le decía Tengo miedo, tengo miedo, ¿por qué te tenía que tocar a ti? De buena mañana, tomando un café, al final le había dicho lo que todavía no le había dicho ni una sola vez, No lo hagas, Pere, y él había dejado la taza en la encimera con un gesto brusco, se le había roto el asa, el café le había manchado el pijama, Basta, Eva; no lo había dicho gritando en absoluto, sino con esa firmeza seria con la que decía De acuerdo cuando hablaba con los médicos, se había disculpado al instante y había repetido Te quiero. Yo callaba, la mujer arisca que no devuelve el abrazo, el tigre apenas apaciguado que se limita a esconder las garras, y ahora que teníamos el día libre, todo para nosotros, la frialdad continuaba. Avanzábamos poco a poco entre los turistas, al final tomamos las escaleras mecánicas porque a esas alturas yo me fatigaba enseguida. ¿Quieres subir directamente al restaurante?, me lo dijo con un tono de afecto un poco vacilante cuando llegamos a lo más alto y descansábamos contemplando la vista, Mi madre nos ha reservado mesa a la una, es muy pronto, vamos a dar una vuelta, o… no lo sé, ¿quieres entrar en el museo? Echamos a andar hacia el mirador, y fue un alivio alejarnos del guitarrista desganado y de los

oyentes que levantaban los móviles con los palos de selfie, los vendedores de refrescos y de souvenirs que obstaculizaban el paso, insistían, te enseñaban la mercancía, basta de todo eso, en el mirador solo había dos parejas, una parecía nórdica, ambos rubios y larguiruchos, con la nuca quemada por el sol, haciendo turnos ante un telescopio; los otros dos eran menudos y se apoyaban en el muro bajo de piedra, ojos almendrados y pelo azabache, él llevaba una cámara con teleobjetivo colgada al cuello y un reloj demasiado caro para Barcelona, ella vestía una falda larga y plisada y bambas rosas, seguro que eran japoneses. Nos fuimos un poco más allá, hasta un rincón en sombra, nos apoyamos nosotros también en el muro de piedra. Una calima grisácea planeaba sobre la ciudad, debía de ser ese smog que decían que reducía la concentración de los niños y mortificaba a los asmáticos, porque todavía no hacía bochorno. Nos quedamos así, codo con codo, sin tocarnos, contemplando el paisaje, la Sagrada Familia que se elevaba a su manera errática, las torres solitarias al final de la calle Marina, el hotel Vela más cerca y las tres chimeneas al fondo, el mar de un azul apagado, el cielo de un azul lechoso. Al ver el edificio del Banco de Sabadell ahí en medio pensé que pronto saldrían de él para ir a comer los oficinistas encorbatados y me vino Eudald a la memoria, las facciones ya borrosas, aquellos martes de deseo y agitación como flashes de un sueño extraño, simplemente pensé en él y me pregunté cómo le irían las cosas, y entonces recordé los detalles de aquella fantasía: mi vida diaria que había tachado de mediocre, la vida imaginada tan plácida y elevada, yo misma otra mujer con otros ideales y otra familia. Y de repente sentí una especie de ansia, me agarré a él, apoyé la cabeza en su hombro, le estreché fuerte el brazo. Aquí estaba, ahora que ya no la quería, la vida extraordinaria, Pon atención, mujer, que puede que estés pasando el último día junto a tu marido, que puede que lleves en el vientre a una hija que no conocerá a su padre, aprende a decir te quiero cuando más te cuesta, a dar la mano, a acompañar al otro mientras hace lo que debe hacer, ni más ni menos que eso, mantón la calma y dale la mano, hazlo ahora que puedes, es tan sencillo, tan difícil, tan importante, ¿por qué algunos aprendemos tan tarde a hacer las cosas importantes? Fue un día bonito a pesar del comienzo torcido, igual que la tarde con las niñas y la abuela, los cinco un poco melancólicos y esforzándonos, cada uno a su manera, en ahuyentar la angustia. Y a las seis y media tuvimos que ir a casa, fue solo un momento, ya teníamos la bolsa preparada, era pequeña, un pijama nuevo y unas pantuflas nuevas, ropa interior, el neceser y poco más, la llevaba él. Cogimos el metro, yo me senté, ellos se quedaron de pie a mi alrededor como tres guardaespaldas, el pecho de Laia subía de vez en cuando con grandes suspiros contenidos, Mariona había dejado el reguetón y los auriculares en casa, él me

miraba, esa sonrisa, en el último momento yo había aprendido a devolvérsela, ahí arriba en Montjuïc. Bajamos en Hospital Clínic. Después del mes de pruebas, él y yo nos conocíamos bastante bien esos pasillos. En su habitación había otra cama, un señor mayor que dormía; su mujer, en una butaca a su lado, con el libro en el regazo, nos saludó en silencio. Hablábamos bajito. A las siete y veinte vinieron Lidia e Irene, Ramon estaba al fondo del pasillo, fuimos a verlo y pasamos diez minutos con él, también tenían cara de haber dormido poco. A las siete cincuenta vino una enfermera a decirnos que se acababa la hora de las visitas, que a las ocho teníamos que irnos. La operación debía empezar a las nueve de la mañana siguiente. A las ocho yo podría venir y acompañar a Pere hasta la zona quirúrgica, pero habíamos decidido que las niñas fueran a la escuela como cualquier otro día y se despidieran ahora de su padre, sin verlo sedado a él y a mí nerviosa. Por la tarde irían a casa de la abuela mientras yo me quedaba en el hospital, esperando: nos habían dicho que si todo iba bien, Pere saldría del quirófano hacia las tres, pero también podían ser las cuatro o las cinco, no se sabía nunca con precisión. Me quedé admirada al ver hasta qué punto ellas se mostraban serenas y sonrientes y abrazaban a su padre con fuerza, Hasta mañana, le decían, y Te quiero, a ellas no les costaba en absoluto decirlo, ojalá fuera siempre así, después me tocó a mí, el abrazo, el beso, una caricia en la barba y hala, afuera, me volví una vez y nos sonreímos, pero ya estaba, afuera se ha dicho, no fue hasta que nos hubimos alejado lo suficiente de su puerta que empezamos a llorar primero una, luego la otra, al final las tres. En la entrada del hospital vimos a Lidia y a Irene, la chica envolvía a su madre con unos bracitos muy delgados, ya era un palmo más alta que ella, tan blancas y en apariencia tan frágiles ambas con esas caras llorosas, pero seguro que también habían hecho de tripas corazón mientras había sido necesario. Nos acercamos a ellas, nos echamos a reír las cinco, secándonos las lágrimas y repartiendo pañuelos, ¡Qué tontainas, estas mujeres!, dije yo, pero sabíamos que no lo éramos y que era bueno estar juntas, abracé a Lidia, Venid a cenar, Lidia, y ella dijo que de acuerdo.

# VI

Son las once y media de la mañana y es nuestro día de fiesta, un lunes. Por los jardines del Palau Robert pasa algún hombre con maletín, estudiantes y turistas con mochilas, una madre con un cochecito. Alguna vez, cuando al llegar aquí he visto a la gente haciendo su vida normal, he sentido un atisbo de remordimiento, pero lo he ahogado sin vacilaciones, De vez en cuando tengo ganas de hacerlo y lo hago. De todas formas, hoy siento cosas muy distintas. Camino por la grava hasta la sombra de los árboles y me siento en un banco, esperándolo y pensando en todo el asunto. Tendré que estar atenta a verlo pasar, porque siempre nos encontramos en la terraza del hotel al fondo de los jardines y él irá directamente allí. La última vez, la terraza estaba vacía y yo escogí la mesa de siempre, la segunda junto al cristal. El camarero vino enseguida y le pedí un aperitivo. Cuando entró de nuevo en el bar, después de comprobar que no me veía nadie, saqué los zapatos de tacón de aguja del bolso, me los puse sobre las medias negras y guardé los planos en la bolsita de donde había sacado los otros. Con esos tacones no podía andar demasiado, pero tampoco tenía que hacerlo: de la terraza a la recepción y de la recepción a la habitación por los largos pasillos con moqueta. Me trajeron el aperitivo y un platito de olivas, y mientras esperaba dejé las gafas de sol sobre la mesa, saqué una revista del bolso y me puse a hojearla. Mentalmente repasaba que todo estuviera en su lugar: el conjunto bonito de ropa interior, las medias negras con la raya detrás simulando la costura, el vestido sastre azul marino, sencillo pero bien cortado, la blusa de seda, los zapatos finos, el collar de perlas, los labios rojo oscuro, el pelo suelto, el perfume. No había tenido tiempo de pintarme las uñas y ahora saqué el esmalte del bolso: me daría una capa y ya está. Después empecé a pasar las páginas de la revista un poco distraída, todo eran abrigos italianos, botas con pedrería, gafas de sol de diseño, las celebridades de turno con modelitos extravagantes. De reojo vi venir a un hombre, llevaba traje y corbata, me giré contenta pensando que era él, pero no lo era, me sonrojé al ver que el hombre me miraba con curiosidad, fijé de nuevo los ojos en la revista, Qué boba eres, el corazón se me había desbocado. Él se sentó a una mesa del otro lado, sacó el móvil y empezó a hablar.

Entonces vi que se acercaba otro hombre, también con traje, y este sí, este era más alto y corpulento, me giré un poco, lo primero que le vi fue la vistosa corbata de rayas grises y rojas, le miré la cara y sonreí, Te queda muy bien, A ti también te favorece mucho este vestido. Vino el camarero y él le pidió lo mismo de siempre, Un agua con gas, por favor. ¡Mira que liarme con un abstemio y un adicto al deporte!, le dije guardándome la revista en el bolso, y él me devolvió una mirada de picardía, Algo debo de tener que te gusta; entonces oyó al hombre de la otra mesa, que pronunciaba un pesado monólogo de negocios casi a gritos, se metió la mano en el bolsillo interior de la chaqueta, Disculpa, añadió, déjame ponerlo en silencio, no sea que acabe como ese de allí; lo miró de reojo con aire burlón, se guardó de nuevo el móvil con desenvoltura, se recolocó el nudo de la corbata. Hacía el papel de maravilla, era realmente como si llevara esa ropa cada día, como si hiciera esos gestos automáticamente, y yo lo miraba con ganas de deshacer ese nudo tan perfecto, desabrocharle la camisa, sentir su olor, tocarle el cuello ancho, la cicatriz que había quedado tan fina, tan discreta. Hoy sí que vas elegante como si tuvieras un mercedes de verdad, le había dicho yo el primer día en la habitación del hotel, pasando un dedo por la estrella de tres puntas. Durante los dos meses después de la operación lo había visto sufrir en silencio, sentado en el sofá con la cara amarilla, mordiéndose los labios, mirando al vacío. Le había puesto a Cèlia recién nacida en los brazos y se le habían llenado los ojos de lágrimas. Aunque se tomaba los analgésicos sin falta a la hora estipulada, era evidente que no le bastaban, y el dolor le hacía permanecer inmóvil frente a la tele apagada, los ojos cerrados o la mirada perdida, pero no se quejaba nunca. Tengo bastante dolor, es normal, ¿no?, preguntó en la visita siguiente, y el médico le pidió que indicara del cero al diez la intensidad del dolor. Él dijo Suele ser un seis, pero durante la hora antes de tomarme el analgésico llega al ocho. Te lo puedo cambiar, te puedo dar uno más fuerte, con morfina, y él dijo que no. Se pasó dos semanas entre el sofá y la cama mientras yo me ocupaba de la pequeña, le preparaba las comidas según las indicaciones del médico, iba de visita a la tienda para asegurarme de que todo marchaba bien. De vez en cuando me sentaba a su lado, él solía tener la cabeza apoyada en el respaldo del sofá y los ojos cerrados, pero por la frente arrugada y un poco sudada sabía que no dormía, le ponía una mano en el hombro muy lentamente, ¿Cómo estás? Así así. ¿Te pongo música? No, gracias, estoy pensando. Cuando cenábamos los cuatro en la mesa, hacía un esfuerzo por sonreír y preguntar cosas a las chicas, pero tan pronto como ellas se levantaban de la mesa se le apagaba la sonrisa, me estrechaba la mano, Me sabe mal dejártelo todo por hacer, pero estoy hecho polvo; yo le decía que no se preocupara, ellas me

ayudarían, e iba a acostarse. Al cabo de dos semanas empezó a reanimarse, y a la sexta me dijo que ya no sentía ningún dolor. Después el médico le dijo que tenía que andar, que era muy importante que se moviera, y empezó a salir todas las mañanas. Primero daba una vuelta corta, más tarde ya acompañaba a las mayores al instituto, pronto caminaba durante tres cuartos de hora y a veces yo salía con él, Cèlia dormida en el cochecito, ambos con las zapatillas de deporte por las calles más empinadas del barrio mientras la gente se iba a trabajar. En otra visita de control el médico le dijo Estás muy bien, el análisis ha salido casi perfecto. Él respondió En ese caso, me gustaría saber si es prudente que me prepare para una media maratón que habrá dentro de seis meses. A mí no me había dicho nada del tema, pero ahora se volvió hacia mí y me guiñó el ojo. No veo por qué no, dijo el médico, pero empieza poco a poco, a ver qué te dice el cuerpo. O sea que ahora, por la mañana, se levantaba una hora y media antes y salía a correr. Volvía a casa empapado pero contento, se tomaba medio litro de bebida isotónica, Nunca me había sentido tan bien, decía. Y al cabo de seis meses corrió la media maratón. Después de abrazarme a mí y a las mayores en la línea de llegada y de besuquear a Cèlia, me dijo el tiempo que había hecho y añadió Dentro de medio año hay otra, tengo que mejorarlo. Volvía a trabajar todo el día, yo lo ayudaba al mediodía y después regresaba a casa con la pequeña. Cuando empecé a trabajar la jornada completa al cabo de unos meses, él me dijo Pero que los domingos Esteban y Carlos se ocupen de la tienda hasta mediodía, así tendremos una mañana entera para pasar con las niñas. Y así lo hemos hecho. Los domingos es el único día que no sale a correr, se levanta temprano igualmente y va a comprar cruasanes, vuelve a casa y me trae el café a la cama, El domingo por la mañana soy un padre y un marido ejemplar, me dijo el primer día. Y hacia las ocho, cuando se levantan ellas, servimos los cruasanes, preparamos chocolate a la taza, es el único día de la semana que nos sentamos juntos a desayunar, y después salimos, hacemos una cosa distinta cada domingo: los cinco a la playa, o al zoo o de excursión. Incluso el carácter parece haberle cambiado un poco: hay menos vacilación, menos timidez, cuando dice algo se lo ha pensado mucho y no cambia de opinión ni se desentiende del tema. Va a menudo a ver a su hermano, que ha tardado más que él en recuperarse, algún sábado vienen él, Lidia e Irene a cenar a casa, otras veces vamos nosotros a la suya. Durante estos meses hemos estado tan bien y con tan pocas preocupaciones que a mí me angustiaba precisamente esto, que las cosas fueran tan bien, demasiado bien. Por nuestro aniversario de bodas organizamos el primero de esos encuentros furtivos en el hotel, y yo decidí repetirlos de vez en cuando, así, por sorpresa. Salgo un lunes temprano con Cèlia, la dejo

en la guardería y, en vez de volver a casa, me cambio de ropa en el lavabo de un café. A media mañana lo convoco con un mensaje al móvil, Quedamos en la terraza que ya sabes dentro de un par de horas, y me voy al centro a pie y sin prisas. Y eso mismo he hecho hoy, pero ha pasado algo. Eran las once y yo esperaba para cruzar la calle Sant Antoni Maria Claret, justo delante del Hospital de Sant Pau, hacia la avenida Gaudí. De pronto he visto una figura delgada que me resultaba familiar: era Ramon, que avanzaba por la acera de enfrente hacia la avenida. Vuelve a llevar el pelo largo como en sus años mozos, pero de ese jovencito despreocupado que me besó a media escalera ya no queda gran cosa. Parecía mirar a su alrededor como si tuviera miedo de encontrarse con alguien con quien no quisiera encontrarse, y eso me ha picado la curiosidad. Cuando se ha vuelto hacia mi lado, me he quedado muy quieta, he agachado la cabeza, me he dicho que con ese vestido, las gafas de sol y el pelo planchado no me reconocería; al final, ha vuelto la mirada hacia delante, ha continuado andando y ha desaparecido tras la esquina. Entonces he cruzado yo, he corrido un poco y lo he visto caminando avenida abajo por la acera de la izquierda, y me he puesto a seguirlo por la parte central del paseo, entre los camareros que llevaban cafés a las terrazas y las abuelas que paseaban perritos, bajo los árboles de hojas muy verdes, porque por la noche había llovido y brillaban con el sol. De repente Ramon se ha parado frente a un pequeño café y ha entrado. Yo he titubeado un momento, y al final me he sentado en la terraza del mismo café, en un rincón desde el que él, en la barra, no me podía ver sin volverse, pero yo podía verlo de espaldas. Sentado en aquel taburete alto, encorvado como estaba, se le veía aún más frágil que en los últimos tiempos. He visto que le servían un café corto en un vaso. Después el camarero ha vuelto y le ha echado un buen chorro de coñac en el café. Él ha pagado con un billete, ha abierto un sobre de azúcar, ha estado un rato removiendo. Antes de beber ha mirado hacia la puerta y yo me he vuelto hacia el paseo. Se ha acabado el café muy deprisa, con un par de tragos, ha salido y ha echado un vistazo avenida arriba y abajo, como antes; yo lo miraba de reojo, medio de espaldas, y el miedo a que me descubriera me aceleraba el corazón. Pero no me ha visto. Ha echado a andar avenida arriba, supongo que para tomar Sant Antoni Maria Claret otra vez en dirección a Camp de l'Arpa. Eran las once y diez. Tenía que encontrarme con Pere en el Palau Robert a las doce. Mientras me acababa el café, he pensado en los zapatos de tacón de aguja que llevaba en el bolso, en Pere, que se pondría el traje y los zapatos elegantes y la corbata nueva y estaría muy animado, he pensado en la cara que tendría yo cuando nos reuniéramos y en la cara que pondría él si le decía que había visto a Ramon tomándose un café con coñac. He pagado y he continuado

avenida abajo. Todavía veía los árboles verdes, y a las abuelas con los perritos, pero ninguna de esas cosas tenía la alegría de antes, y ahora veía también otras: a Pere sentado en el sofá con la mirada perdida, mordiéndose los labios y conteniendo las lágrimas; a mí misma pariendo sin él en el hospital, solo mi madre con el bastón diciéndome que todo iba muy bien; a Lidia ojerosa y decaída en su sala de estar, una semana después de la operación, cuando todavía no era seguro que Ramon saliera adelante y todo parecía pender de un hilo. Me he dado cuenta de que estaba bajando demasiado y he torcido por Còrsega. Ya no hace falta que te angusties porque todo va demasiado bien, me he dicho, la perfección no ha durado mucho. Pero ¿realmente tenía que contárselo a Pere? Antes de llegar al Passeig de Sant Joan había decidido que no, que a lo mejor lo hablaría con Lídia, porque al fin y al cabo ella era la única que podía hacer algo al respecto, pero con ella y nadie más. En realidad, la perfección no ha existido nunca, y ya hace semanas que estoy inquieta. Mariona e Irene se han hecho muy amigas y eso está bien, porque Irene es una chica estudiosa y responsable y enseguida notamos que Mariona, bajo su influencia, empezaba a comportarse de una forma mucho más madura. Quiere ser enfermera, igual que ella: ahora resulta que tendremos una familia llena de enfermeras, y eso también está bien. A menudo estudian juntas en la biblioteca de Camp de l'Arpa hasta la hora de cenar, y las notas de Mariona, que ya eran buenas, son todavía mejores. Pero también hay cambios no tan positivos. Hace poco ha empezado a amontonar la comida en el plato, fingiendo que come sin comer gran cosa, y en poco tiempo ha adelgazado visiblemente. Yo ya me había fijado que Irene hacía lo mismo; cuando venía a cenar a casa, su plato siempre quedaba lleno de carne cortada pequeña y de verdura troceada, pero no estaba claro que hubiera comido algo; no era casualidad que tuviera esos bracitos y esas piernas como ramitas, y la cara tan delgada y pálida. Lo había hablado con Lidia, Lidia lo sabía y se angustiaba, insistía en que comiera, la amenazaba con castigos, le suplicaba: bajo coacción, la chica comía un poco más de ensalada, cuatro pedacitos de pollo masticándolos mucho, siempre poca cosa, nada de comida frita, nada de pan, cuantas menos grasas y carnes, mejor. Y Mariona la imita también en eso. A veces me la encuentro mirándose en el espejo del pasillo de perfil, por delante y por detrás, cogiéndose los muslos para ver que efecto harían si los tuviera tan delgados que no se tocaran, metiendo la barriga hasta que se le marcan las costillas. Se pone pantalones anchos y blusas anchas, de repente parece que quiera esconder su cuerpo. Una noche que estudiaba ella sola en casa entré en su habitación y le dije sin rodeos que estábamos preocupados, No juegues con estas cosas, Mariona; ella bajó los ojos, Ya sé lo que hago, ¿Estás segura? Me miró

con el mismo aire de desafío con que había defendido sus pasos de *twerking*, las manías cambiaban, pero su tozudez no. No nos hagas sufrir, Mariona, y ella, hermética, obstinada, ¡Que no os quiero hacer sufrir, mamá, que ya sé lo que hago! La vigilamos. Vigilamos también a Laia, que un sábado por la tarde llegó a casa haciendo eses después de ir a un concierto de la fiesta mayor del barrio con las amigas. Pere está encantado de que toque el bajo y le gusten los grupos que él le ha enseñado a apreciar, pero le hizo menos gracia ver cómo se tambaleaba. No le gritó; ahora no grita nunca. Habló con ella y la castigó un mes sin salir. Laia estuvo enfurruñada unos días, pero no protestó. Los fines de semana del castigo se los ha pasado en su habitación, tocando el bajo o escuchando música. La cuestión es qué hará cuando vuelva a salir. De vez en cuando yo la sermoneo, tío Ramon, el cáncer, el trasplante, Ya lo sé, todo eso, mamá, no hace falta que me atormentes, Pues haz el favor de tenerlo en cuenta cuando salgas de casa. Pero sí, algunos meses muy buenos sí los hemos tenido, me digo mientras avanzo con el vestido y las joyas y todo lo demás por Còrsega, hasta que salgo a la Diagonal y ¡qué resplandor, de pronto, qué cielo tan azul! Y me alegro de haberme fijado en eso. Porque yo soy de las que se obsesionan, dando vueltas sin parar a las cosas, y la vida no es lo que cavilo sin parar, ya lo sé, la vida está aquí fuera, y es como es, y no caviles demasiado hoy, que es lunes y tienes fiesta. He cruzado la Diagonal y he llegado, pues, a los jardines del Palau Robert a las doce menos veinte, y en vez de dirigirme a la terraza del hotel me he sentado en un banco, bajo el árbol más alto, porque en el punto más alto de esa copa cantaba un mirlo: ¡en medio de todo este tráfico, precisamente, el canto de un mirlo! Y ahora espero. El mirlo hace unos trinos impetuosos sobre mi cabeza, y yo empiezo a divagar. En este momento mi marido se viste para venir a encontrarme. Se pone la camisa recién planchada, los pantalones de pinzas, un poco de colonia en el cuello, se pasa la mano por la cicatriz, el vientre plano de corredor, se abrocha los botones empezando como siempre por el de abajo. Tiene que hacer cuatro intentos con el nudo de la corbata para que le quede simétrico, pero persevera; la cuarta vez queda perfecto y se sonríe en el espejo. Está contento de sentirse tan bien, de tener a la familia sana, unida, Ramon que va tirando, lo más importante es que todos estamos sanos y nos espabilamos, Al final todo ha valido la pena, se dice, y sale corriendo hacia el metro. Ahora mismo Ramon debe de haber llegado a casa y ha empezado a decir hola, pero entonces ha recordado que Lidia tiene media guardia y que no volverá hasta la noche, que Irene tampoco está, y ha callado. Deja las llaves en el cuenco, se pasea por el ático, tan silencioso, tan soleado, la casa de ellas, ahora también de él, su refugio y, sin embargo… Se dice que le gustaría quererla mejor, a

Lidia, y dar buen ejemplo a Irene, ser más fuerte, más tenaz. Puede que vaya a ver las fotos de sus hijos, hace memoria y es consciente de recordarlos solo muy niños aunque ya son casi adultos, se confiesa que en realidad no sabe cómo son, no lo ha sabido nunca, piensa que aún podría llamarlos. Observa los discos alineados, tres o cuatro todavía son de Pere y algún día se los devolverá, se palpa la cicatriz en el vientre hundido, es un poco gruesa, pero se curó bien. Depende de ti que al final todo haya valido la pena, se dice, y se queda de pie ante el ventanal, el tapiz de azoteas y tejados e hileras de ropa tendida, la torre Agbar apagada a lo lejos y más allá el mar, que centellea al sol.